

# HERNANI

**Drama en cinco actos**

POR

Víctor HUGO

## PERSONAJES

HERNANI.
DON CARLOS.
DON RUY GÓMEZ DE SILVA.
DOÑA SOL DE SILVA.
EL REY DE BOHEMIA.
EL DUQUE DE BAVIERA.
EL DUQUE DE GOTHA.
EL BARÓN DE HOHEMBURGO.
EL DUQUE DE LUTZELBURGO.
YAGÜEZ.
DON SANCHO.
DON MATÍAS.
DON RICARDO.
DON GARCI SUÁREZ.
DON FRANCISCO.
DON JUAN DE HARO.
DON PEDRO GUZMÁN DE LARA.
DON GIL TÉLLEZ GIRÓN.
DOÑA JOSEFA DUARTE.
UN MONTAÑÉS.
UNA DAMA.
PRIMER CONJURADO.
SEGUNDO CONJURADO.
TERCER CONJURADO.

Conjurados de la Liga Sacrosanta, alemanes y españoles, montañeses, señores, soldados, pajes, pueblo, etc.

**La acción en España, en 1519**

El primero, segundo y quinto acto, en Zaragoza, el tercero en el castillo de Silva, en las montañas de Aragón y el cuarto en Aquisgrán.

## ACTO I

## EL REY

*Dormitorio. Es de noche. Una lámpara sobre una mesa*

### ESCENA I

DOÑA JOSEFA DUARTE, dueña, vestida de negro con adornos de azabache a lo Isabel la Católica; DON CARLOS.

*(Llaman dando un golpe a una puertecita secreta de la derecha. La dueña, que está corriendo una cortina carmín, escucha. Dan un nuevo golpe.)*

DOÑA JOSEFA.—Debe ser él. *(Otro golpe.)* Llama sin duda en la escalera secreta. *(Otro golpe.)* Abramos sin tardanza. *(Abre y*

entra don Carlos, *arrebujado hasta los ojos y con el sombrero calado.)* Buenas noches, caballero. *(El caballero se desemboza, dejando ver un rico traje de terciopelo a la moda castellana del año 1519. La dueña retrocede con espanto.)* ¡Ah! ¿No sois el señor Hernáni? ¡Dios mío! ¡Socorro!

DON CARLOS *(asiéndola del brazo).*—Dos palabras más y sois muerta, dueña. *(La mira fijamente y calla, espantada, la vieja.)* ¿Estoy en el aposento de doña Sol, prometida al viejo duque de Pastrana, su tío, señor tan venerable como celoso? Decid. Ella ama a un caballero imberbe aún y recibe todas las noches al caballero imberbe y al viejo de luengas barbas. ¿No es eso? *(La dueña calla y él la sacude del brazo.)* ¿Contestaréis?

DOÑA JOSEFA.—Me habéis prohibido bajo pena de la vida decir dos palabras, señor.

DON CARLOS.—Por eso no quiero más que una: sí, o no. ¿Es tu señora doña Sol de Silva?

DOÑA JOSEFA.—Sí.

DON CARLOS.—El duque, su futuro, ¿está ahora fuera de casa?

DOÑA JOSEFA.—Sí.

DON CARLOS.—¿Espera ella al galán?

DOÑA JOSEFA.—Sí.

DON CARLOS.—¡Mil rayos!

DOÑA JOSEFA.—Sí.

DON CARLOS.—¿Se ven aquí mismo?

DOÑA JOSEFA.—Sí.

DON CARLOS.—Escóndeme.

DOÑA JOSEFA.—¿A vos?

DON CARLOS.—A mí.

DOÑA JOSEFA.—¿Para qué?

DON CARLOS.—Para... estar oculto.

DOÑA JOSEFA.—¡Pero, esconderos yo!

DON CARLOS.—Aquí mismo.

DOÑA JOSEFA.—De ningún modo.

DON CARLOS *(sacando un bolsillo y un puñal).*—Escoged.

DOÑA JOSEFA.—Sois el mismo diablo. *(Escoge el bolsillo.)*

DON CARLOS.—Ya lo veis.

DOÑA JOSEFA *(abriendo un estrecho armario, disimulado en la pared).*—Entrad aquí.

DON CARLOS *(examinándolo).*—¿En esta caja?

DOÑA JOSEFA.—Idos, si no queréis.

DON CARLOS.—Sí quiero. *(Examinándolo más.)* ¿Será acaso la covacha de la escoba en cuyo mango cabalga esta bruja? *(Se introduce difícilmente.)* ¡Uf!

DOÑA JOSEFA *(juntando las manos con escándalo).*—¡Un hombre aquí!

DON CARLOS.—¿Es acaso mujer el galán que espera tu ama?

DOÑA JOSEFA.—¡Oh, Dios! Oigo sus pasos. Señor, cerrad pronto la puerta. *(La empuja y queda cerrada.)*

DON CARLOS.—Si decís una palabra, sois muerta.

DOÑA JOSEFA.—¿Quién es este hombre? ¡Jesús, Dios mío! Voy a llamar... ¿Y a quién, si todos duermen en la casa, excepto las dos? En fin, esto le atañe a ella y a él, que tiene buena espada; a mí... guárdeme Dios de todo mal. *(Sospesando el bolsillo.)* Al menos no es ningún ladrón. *(Oculta el bolsillo al entrar doña Sol.)*

## ESCENA II

DOÑA JOSEFA, D. CARLOS, oculto, DOÑA SOL; luego HERNANI

DOÑA SOL.—¿Josefa?
DOÑA JOSEFA.—Señora mía.
DOÑA SOL.—¡Ah! Temo una desgracia.
DOÑA JOSEFA.—¿Y por qué?
DOÑA SOL.—Hernani debería estar ya aquí. *(Oyense pasos hacia la puerta secreta.)*
DOÑA JOSEFA.—Aquí está ya.
DOÑA SOL.—Abre, antes que llame. *(La dueña abre la puerta y entra Hernani, con capa y sombrero. Debajo de la capa lleva un traje de montañés de Aragón, pardo, con coraza de cuero. Al cinto un puñal, una espada y un cuerno de caza.)*
DOÑA SOL *(corriendo a él)*.—¡Hernani!
HERNANI.—¡Sol de mi vida! ¡Ah! ¡por fin te veo y la voz que me habla es tu voz! ¿Por qué me tiene la suerte tan alejado de ti? ¡Tengo tanta necesidad de verte para olvidar a los demás!...
DOÑA SOL *(tocando su capa)*.—¡Jesús! ¡Qué mojado! ¿Llueve mucho?
HERNANI.—No lo sé.
DOÑA SOL.—Tendrás frío.
HERNANI.—No.
DOÑA SOL.—Quítate la capa.
HERNANI.—Sol de mi vida, cuando inocente y pura reposas por la noche, y plácido y tranquilo entorna tus ojos el sueño, entreabriendo la rosa de tus labios, ¿no te dice un ángel, alma mía, cuán dulce es tu amor para el infeliz a quien todos abandonan y rechazan?
DOÑA SOL.—¡Ah!... ¡Cuánto has tardado! Dime: ¿tienes frío?
HERNANI.—¡A tu lado! ¡Ah! Cuando el amor celoso hierve en nuestras cabezas; cuando se agitan en el corazón mil tempestades, ¿qué importa lo que una nube del aire puede arrojar a nuestro paso?
DOÑA SOL.—Dame, dame la capa y la espada.
HERNANI *(llevando la mano al pomo)*.—No; es la otra amiga mía, inocente y fiel también. Sol de mis ojos, ¿está ausente tu tío y futuro esposo?
DOÑA SOL.—Sí; estos momentos nos pertenecen.
HERNANI.—¡Estos momentos nada más! Para nosotros sólo unos momentos! ¿Qué importa? Fuerza es olvidar o morir. ¡Unos momentos contigo! ¡Unos momentos para quien querría toda la vida y después la eternidad!
DOÑA SOL.—¡Hernani!...
HERNANI *(con despecho)*.—¡Cuán feliz soy cuando el duque sale! Cual ladrón que tiembla forzando una puerta, así entro yo a verte y robo al anciano unos momentos de dicha. ¡Oh! ¡Soy muy feliz! ¡Y sin duda llevaría a mal que le robe yo unos momentos cuando me roba él a mí la vida!
DOÑA SOL.—Cálmate. *(Entregando la capa a la dueña.)* Josefa, ponla a secar. *(Haciendo a Hernani una seña mientras la dueña se va.)* Ven a mi lado.
HERNANI *(sin oirla)*.—¿Está ausente el duque?
DOÑA SOL.—Bien mío, no pienses más en él.
HERNANI.—¡Ah! No; fuerza es recordarle. El anciano te ama... es

tu futuro esposo. ¡Cómo! ¡Te dió el otro día un beso y no he de pensar en él!

DOÑA SOL *(riendo)*.—¿Y eso te desespera? Un beso de tío, casi de padre.

HERNANI.—No; un beso de amante, de fututro esposo. ¡Ah! ¡Viejo insensato que, necesitando una mujer para acabar de morirse, va como fiero y frío espectro a tomar una joven! ¡Insensato anciano! Mientras con una mano se agarra a la tuya, ¿no ve a la muerte que le agarra la otra? Ha venido a interponerse temerariamente entre nosotros. ¡Pobre hombre! Más le valiera haber muerto de una vez. ¿Quién diablos pensó en semejante matrimonio?

DOÑA SOL.—Dicen que el rey lo quiere.

HERNANI.—¡El rey! Mi padre pereció en el cadalso, condenado por el suyo, y aunque haya envejecido después de aquella hazaña, para la sombra del difunto rey, para su hijo vivo, para su viuda, para todos los suyos, mi odio es siempre nuevo. Muy niño aún juré vengar en el hijo la muerte de mi padre. Por todas partes, rey de las Castillas, por todas partes te busco, porque el odio es eterno entre ambas familias. Nuestros padres lucharon sin tregua ni piedad por espacio de treinta años. Y no importa que los padres hayan muerto: su odio vive. Para ellos no vino la paz, porque los hijos viven y continúa el duelo a muerte. ¡Y es él quien quiere ese execrable himeneo! ¡Mejor que mejor! Yo le buscaba y viene él a ponerse en mi camino.

DOÑA SOL.—Hernani, me asustas.

HERNANI.—Cargado con el peso de un anatema, preciso es que llegue hasta asustarme a mí mismo. Escucha: el hombre a que tan joven te han destinado, Ruy de Silva, tu tío, es duque de Pastrana, rico hombre de Aragón, conde y grande de España. A falta de juventud, puede aportarte tanto oro y joyas que reluzca tu frente entre las frentes reales, y por la gloria, la opulencia y el orgullo, más de una reina envidiará a su duquesa. Yo, por mi parte, soy pobre, y no tuve en mi niñez más que los bosques, a donde huía descalzo. Acaso tengo algún rico blasón, que una mancha de sangre ahora deslustra; acaso tengo derechos, sepultados en las sombras, que un negro paño de patíbulo oculta aun entre sus pliegues, y que, si mi esperanza no se engaña, podrán brillar un día con mi espada; pero hasta ahora no recibí del avaro cielo más que el aire, la luz y el agua, que es el don común a todos. Permite que te libre del duque o de mí; tienes que elegir entre los dos: o ser su esposo o seguirme.

DOÑA SOL.—¡Seguirte!

HERNANI.—Entre nuestros rudos compañeros, como yo proscriptos, cuyos nombres conoce ya el verdugo, hombres de corazón y de hierro que nunca se enmohecen, teniendo todos ellos agravios de sangre que vengar, vendrás tú a ser la reina de mi cuadrilla; porque has de saber que yo no soy más que un bandolero. Cuando todos me perseguían en ambas Castillas, sólo, en sus bosques y montañas, hube de buscar seguro asilo y Cataluña me acogió como una madre. Allí, entre sus montañeses, pobres, pero altivos y libres, fuí creciendo, y mañana, si mi aliento hace resonar esta bocina, acudirán en son de guerra tres mil de sus valientes. ¡Te estremeces! Aun puedes reflexionarlo bien. Seguirme por bosques y montes y arenales, entre hombres parecidos a los demonios de tus pavorosos sueños; sospechar de todo, de las miradas, de las palabras, de los pasos, del ruido; oir silbar las balas de los mos-

quetes persiguiendo vidas, anunciando muertes; estar proscripta como yo y conmigo andar errante, y si es menester, seguirme adonde seguiré yo a mi padre, al patíbulo... Esta será tu suerte.

DOÑA SOL.—Te seguiré.

HERNANI.—El duque es rico, grande, honrado, sin sombra ninguna en el escudo de su casa; el duque lo puede todo y te ofrece, con su mano, tesoros, títulos, esplendor, dicha...

DOÑA SOL.—Partiremos mañana. ¡Oh, mi Hernani! No me vituperes por mi extraña audacia. ¿Eres mi demonio o mi ángel? No lo sé; pero soy tu esclava. Ve adonde quieras: contigo iré; que partas o te quedes, tuya, tuya soy. Y ¿por qué así? Lo ignoro; pero tengo necesidad de verte, y de verte más y de verte siempre. Cuando se pierde el ruido de tus pasos, creo que no late ya mi corazón; me faltas tú y me siento ausente de mí misma; mas cuando esos pasos vuelven de nuevo a sonar en mis oídos ansiosos entonces recuerdo que existo y siento volver a mí el alma fugitiva.

HERNANI *(estrechándola en sus brazos)*.—¡Angel mío!

DOÑA SOL.—Mañana a media noche, ¿eh? Trae tu gente debajo de mi ventana. Darás tres golpes y... descuida. seré osada y fuerte.

HERNANI.—Ya sabes quién soy.

DOÑA SOL.—¿Qué importa? Te seguiré.

HERNANI.—No; ya que quieres seguirme, débil mujer, bueno es que sepas qué nombre, qué título, qué alma, qué destino se oculta en el pastor Hernani...

DON CARLOS *(abriendo con estrépito la puerta del armario)*.—¿Cuándo vais a acabar de referir vuestra historia? ¿Creéis que se está cómodamente en este armario? *(Retrocede sorprendido Hernani, a la vez que Sol da un grito y se refugia en sus brazos, mirando con espanto a don Carlos.)*

HERNANI *(echando mano a la espada)*.—¿Qué hombre es ese?

DOÑA SOL.—¡Cielos! ¡Socorro!

HERNANI.—Callad, doña Sol. Estando yo a vuestro lado, suceda lo que quiera, no tenéis que reclamar más defensa que la mía. *(A don Carlos.)* ¿Qué hacíais aquí?

DON CARLOS.—¿Yo? Pues a lo que parece no cabalgaba por el bosque.

HERNANI.—Quién se chancea, después de la afrenta, se expone a dar qué reir también a su heredero.

DON CARLOS.—A cada cual le llega su vez. Señor mío, hablemos en plata. Vos amáis a doña Sol y venís todas las noches a miraros en el espejo de sus ojos; está muy bien. Pero yo amo también a la dama y quiero conocer a quien he visto entrar tantas veces por la ventana, mientras yo estaba a la puerta.

HERNANI.—Pues, por mi honor, saldréis por donde yo entro.

DON CARLOS.—Lo veremos. Yo ofrezco mi amor a la dama. Compartamos. He visto en su bella alma tal y tanta ternura, que a buen seguro tiene harta para los dos. Esta noche quise acabar mi empeño, y sorprendido por vos, a lo que pude entender, me escondo aquí y escucho, para no ocultaros nada; pero oía muy mal y me ahogaba muy bien. Además de que estaba echando a perder mi traje a la francesa; conque... he salido.

HERNANI.—Mi daga tampoco está a su gusto y rabia por salir también.

DON CARLOS *(saludando)*.—Como gustéis, caballero.

HERNANI *(sacando su espada)*.—¡En guardia!

DON CARLOS *(desnudando también la suya).*—En guardia, pues.

DOÑA SOL *(interponiéndose).*—¡Dios mío! ¡Hernani!

DON CARLOS.—Tranquilizaos, señora.

HERNANI *(a don Carlos).*—¿Vuestro nombre?

DON CARLOS.—¡Bah! Dadme el vuestro.

HERNANI.—¡Secreto fatal! Lo guardo para otro, que ha de sentir un día a mis plantas vencedoras mi nombre en su oído y mi daga en su corazón.

DON CARLOS.—¿Y cuál es el nombre de ese otro?

HERNANI.—¿Qué os importa? Defendeos. *(Cruzan las espadas. Doña Sol cae desfallecida. Al mismo tiempo llaman a la puerta).*

DOÑA SOL *(levantándose con espanto).*—¡Dios mío! ¡Llaman a la puerta! *(Detiénense los combatientes. Entra Josefa por la puerta secreta.)*

HERNANI *(a Josefa).*—¿Quién llama así?

DOÑA JOSEFA.—¡Virgen de las Angustias! ¡Qué conflicto! ¡El duque de regreso!

DOÑA SOL.—¡Cielos! Estoy perdida! ¡Infeliz de mí!

DOÑA JOSEFA *(reconociendo el campo).*—¡Jesús! ¡El desconocido! ¡Las espadas desnudas! ¡Se estaban batiendo! ¡Qué apuros! *(Los dos adversarios envainan sus aceros. Don Carlos se cala el sombrero y se emboza hasta los ojos. Siguen llamando.)*

HERNANI.—¿Qué hacemos?

UNA VOZ *(fuera).*—¡Sol, abre esta puerta! *(La dueña da un paso hacia la puerta y Hernani la detiene.)*

HERNANI.—No abráis.

DOÑA JOSEFA *(sacando su rosario).*—¡Santiago apóstol! Sacadnos en bien de este mal paso! *(Siguen llamando.)*

HERNANI *(indicando el armario a don Carlos).*—Ocultémonos ahí.

DON CARLOS.—¿En el armario?

HERNANI.—Entrad; yo me encargo de que los dos quepamos.

DON CARLOS.—¡Pardiez! Es demasiado estrecho.

HERNANI.—Huyamos por allí. *(Por la puerta secreta.)*

DON CARLOS.—Huid vos; yo me quedo aquí.

HERNANI.—¡Ah! Me pagaréis esta jugada.

DON CARLOS *(a la dueña, indecisa).*—¡Qué abráis, os mando! *(Siguen llamando. La dueña va a abrir temblando.)*

DOÑA SOL.—¡Estoy muerta!

## ESCENA III

Los mismos; DON RUY GOMEZ DE SILVA (barba y cabellos blancos, traje negro).—CRIADOS con antorchas

DON RUY.—¡Hombres a estas horas en el cuarto de mi sobrina! Venid todos, que es cosa de ver. ¡ Por San Juan de Avila! Doña Sol, ¿qué es esto? ¿Qué hacen aquí estos caballeros? En tiempos del Cid y de Bernardo, aquellos gigantes de España y del mundo, iban ellos por ambas Castillas honrando a los ancianos y protegiendo a las doncellas. Eran hombres fuertes, que tenían por menos pesado el hierro de sus armas que vosotros el terciopelo de vuestros vestidos. Aquellos hombres profesaban respeto a las canas, santificaban su amor en las iglesias, no hacían traición a nadie y sabían muy bien guardar el honor de sus casas. Si querían mujer, tomábanla a la clara luz del día, delante de todo el mundo, con la espada, el hacha o la lanza en la mano. Y en

Cuanto a estos traidores que, fiando sólo a la noche sus infames fechorías, a espaldas de los esposos roban el honor de las mujeres, yo afirmo que el Cid los hubiera tenido por viles y, degradando su usurpada nobleza, hubiera abofeteado sus blasones con la vaina de su espada. He aquí lo que harían los hombres de otro tiempo con los hombres de hoy... ¿A qué vinisteis aquí? ¿Acaso a decir que soy un viejo de que los jóvenes se ríen? ¿Se van a reir de mí, antiguo soldado de Zamora? Y cuando pase con mis honradas canas, ¿se reirán también de mí? ¡Ira de Dios! Pues a lo menos vosotros no habéis de ser quienes se rían.

HERNANI.—Señor duque...

DON RUY.—¡Silencio! ¡Cómo se entiende! ¡Tenéis espada y daga y la lanza, la caza, los festines, las jaurías, los halcones, los cantares de amor, las plumas en el fieltro, las danzas, las corridas y cañas, la juventud, la alegría; y a toda costa deseáis un juguete y tomáis por tal a un anciano! ¡Ah! romped, romped el juguete; pero plegue a Dios que os salte en astillas al rostro! Seguidme.

HERNANI.—Señor duque...

DON RUY.—¡Seguidme! ¡Cómo! ¡Hay en mi casa un tesoro, que es el honor de una doncella, el honor de toda una familia! ¡Esta doncella, a quien amo, es de mi sangre, sobrina mía, que en breve ha de ser mi esposa! ¡Yo la creo casta y pura y sagrada para todos los hombres; y si yo, don Ruy Gómez de Silva, tengo que salir una hora, no puedo hacerlo sin peligro de que un ladrón de honras se deslice en mi hogar!... ¡Atrás, hombres desalmados! Lavaos las manos..., que mancháis a nuestras mujeres sólo con tocarlas. Perfectamente. Continuad... ¿Tengo algo más? *(Se arranca el collar.)* Tomad, pisotead mi Toisón de oro. *(Tira su sombrero.)* Deshonrad mis canas...

DOÑA SOL.—¡Ah, señor!...

DON RUY *(a sus criados)*.—¡Venid en mi ayuda! ¡Mi hacha, mi puñal, mi daga de Toledo! *(A los intrusos.)* Seguidme los dos.

DON CARLOS *(dando un paso)*.—Duque, no se trata precisamente de eso ahora; trátase, ante todo, de la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania. *(Descubriéndose.)*

DON RUY.—¡Aun os burláis!... ¡Ah! ¡Santo Dios! ¡El Rey!

DOÑA SOL.—¡El Rey!

HERNANI.—¡El Rey de España! *(Clavando en él los ojos, vengativo.)*

DON CARLOS *(con gravedad)*.—Sí, Carlos primero. Mi augusto abuelo, el emperador, ha muerto, según he sabido esta misma noche, y he venido en persona y sin tardanza a darte la noticia, a tí mi leal súbdito y a pedirte consejo, de noche y de incógnito. Ya ves si el negocio era para tanto ruido. *(Ruy Gómez despide a sus criados con una seña y se acerca al Rey, a quien Sol examina con sorpresa y temor, mientras Hernani permanece aislado, mirándole también con ojos fulgurantes.)*

DON RUY.—Pero, ¿cómo tardar tanto en abrirme la puerta?

DON CARLOS.—¡Venías tan acompañado!... Cuando un secreto de Estado me trae a tu palacio, no era cosa de ir a decirlo a todos tus sirvientes.

DON RUY.—Perdonad, señor. Las apariencias...

DON CARLOS.—Bien, duque; te hice gobernador del castillo de Figueras; pero, ¿a quién debo hacer ahora tu gobernador?

DON RUY.—Señor, perdonad.

DON CARLOS.—Basta, no hablemos más de esto. Pues, como decía, el emperador ha muerto.

DON RUY.—¡Ha muerto vuestro augusto abuelo!

DON CARLOS.—Ya me ves, duque, poseído de tristeza.

DON RUY.—¿Y quién ha de sucederle?

DON CARLOS.—Un duque de Sajonia está en la lista, y Francisco primero de Francia es otro de los pretendientes.

DON RUY.—¿Dónde van a reunirse los electores del imperio?

DON CARLOS.—Han elegido, según creo, Aquisgrán... o Spira... o Francfort.

DON RUY.—Y nuestro Rey y señor, que Dios guarde, ¿no ha pensado nunca en el imperio?

DON CARLOS.—Siempre.

DON RUY.—A nadie sino a vos pertenece.

DON CARLOS.—Bien lo sé.

DON RUY.—Vuestro augusto padre, señor, fué archiduque de Austria, y creo que el imperio tendrá presente que era abuelo vuestro el que acaba de morir.

DON CARLOS.—Además, soy ciudadano de Gante.

DON RUY.—En mis primeros años tuve el honor de ver a vuestro ilustre abuelo. ¡Ah! ¡Cuán viejo soy! ¡Todo ha muerto ya! Era un emperador poderoso y magnánimo.

DON CARLOS.—Roma también está por mí.

DON RUY.—Valiente, enérgico, pero nada despótico... ¡Oh! ¡aquella corona sentaba muy bien al viejo cuerpo germánico! *(Se inclina y besa la real mano.)* ¡Cuánto os compadezco señor! ¡Tan mozo y hundido ya en tanto duelo!

DON CARLOS.—El papa desea recobrar la Sicilia, que un emperador no puede poseer. Me apoya para que, como hijo agradecido y sumiso, le entregue luego su presa. Tengamos el águila y después... veremos si he de darle a roer los alones.

DON RUY.—¡Con qué gusto vería aquel veterano del trono ciñendo su corona a su ilustre nieto! ¡Ah! ¡Con vos hemos de llorar todos a aquel pío y máximo emperador!

DON CARLOS.—El Padre Santo es hábil. «¿Qué es la Sicilia? Una isla que pende de mi reino, una pieza, un jirón, que apenas conviene a España y a su lado se arrastra. «¿Qué harías, hijo mío, de esa isla, atada a la punta de un hilo? Tu imperio está mal ordenado. Pronto, venid aquí. Unas tijeras y cortemos.» Gracias, Santísimo Padre, porque de esos jirones, como tenga yo fortuna, he de coser más de uno al sacro imperio, y si otros me arrancaran, remendaría mis estados con islas y ducados.

DON RUY.—Consolaos; hay otro reino de justicia, donde parecen los muertos más santos y augustos.

DON CARLOS.—El rey Francisco I es un ambicioso. Muerto el viejo emperador al punto ha puesto los ojos en el imperio. ¿No tiene a la Francia Cristianísima? ¡Ah! la herenca es pingüe y bien merece que la ansíe. Decía al rey Luis el emperador mi abuelo: «Si yo fuera Dios Padre y tuviera dos hijos, haría Dios al primogénito y al segundo, rey de Francia.» ¿Crees que Francisco pueda tener algunas esperanzas?

DON RUY.—Es un rey victorioso.

DON CARLOS.—Fuera menester cambiarlo todo. La bula de oro prihibe elegir a un extranjero.

DON RUY.—Según eso, señor, sois rey de España.

DOS CARLOS.—Soy ciudadano de Gante.

DON RUY.—La última campaña ensalzó mucho al rey Francisco.
DON CARLOS.—El águila que va a nacer en mi cimera puede también desplegar sus alas.
DON RUY.—¿Entendéis el latín?
DON CARLOS.—Mal.
DON RUY.—Es lástima. La nobleza alemana gusta mucho de que le hablen en latín.
DON CARLOS.—Ya se contentará con castellano altivo, pues, creedme a fe de Carlos, cuando la voz habla alto, poco importa la lengua en que lo haga. Ahora voy a Flandes, y es menester, mi querido Silva, que vuelva emperador. El rey de Francia va a removerlo todo; quiero anticiparme a él y partiré dentro de poco.
DON RUY.—¿Nos dejáis, señor, sin purgar antes a Aragón de esos nuevos bandidos que al abrigo de sus montañas levantan sus audaces frentes?
DON CARLOS.—Ya he dispuesto que el duque de Arcos acabe con ellos.
DON RUY.—¿Dais también orden al capitán de la gavilla para que se deje exterminar?
DON CARLOS.—¿Quién es ese bandolero? ¿Cómo se llama?
DON RUY.—Lo ignoro; pero dicen que es audaz.
DON CARLOS.—Yo sólo sé que por ahora está en Galicia y ya enviaré alguna fuerza para que dé cuenta de él.
DON RUY.—Entonces son falsas las noticias que por aquí lo suponen.
DON CARLOS.—Falsas serán... Esta noche me hospedo en tu casa.
DON RUY.—¡Ah! ¡Señor! ¡Tanta honra!... *(Inclinándose profundamente.)* ¡Hola! *(Acuden los criados.)* Honrad todos al rey, mi huésped. *(El duque forma en dos filas a los criados con antorchas hasta la puerta del fondo. Mientras, se acerca Sol a Hernani. El rey los cela.)*
DOÑA SOL *(a Hernani)*.—Mañana, a media noche, bajo mi ventana, sin falta. Darás tres palmadas.
HERNANI.—Mañana, sí.
DON CARLOS *(aparte)*.—¡Mañana! *(A Sol, con galantería.)* Permitidme que para salir os ofrezca la mano. *(La conduce hasta la puerta.)*
HERNANI *(con la mano en el pecho)*.—¡Ay, puñal mío! ¿Cuándo saltarás?
DON CARLOS *(volviendo, aparte)*.—¡Qué cara pone! *(A Hernani.)* Os concedí el honor de chocar vuestra espada con la mía, caballero. Por cien razones me sois sospechoso; pero el rey don Carlos odia la traición. Idos, pues. Todavía me digno proteger vuestra fuga.
DON RUY *(volviendo)*.—¿Quién es este caballero? *(Indicando a Hernani).*
DON CARLOS.—Es de mi séquito y se marcha. *(Sale con los criados, precediendo al rey el duque, con una antorcha en la mano).*

## ESCENA IV

### HERNANI

Sí, de tu séquito, ¡oh rey!, de tu séquito soy. De noche y de día, en efecto, y paso a paso te sigo, con el puñal en la mano y los ojos fijos en tu huella. En mí persigue en ti mi raza a tu raza.

Y cual si no bastara esto, has venido a ser mi rival. Hubo un momento en que me quedé indeciso entre amar y aborrecer. Mi corazón no era bastante ancho para ella y para tí, y, amándola, olvidé el odio que te tengo; mas una vez que tú lo quieres, una vez que vienes a recordármelo, lo recuerdo. Mi amor hace inclinar la incierta balanza y cae del lado de mi odio. Sí, soy de tu séquito; tú lo has dicho. ¡Oh! ningún cortesano de tu maldita elevación, ningún señor de los que lamen tus manos y besan tus pies, ningún perro de palacio adiestrado en seguir a un rey, seguirán nunca tus huellas con tanta tenacidad y asiduidad como yo. Lo que quieren de tí todos esos cortesanos es algún título o juguete de relumbrón; para querer tan poco, no querría yo nada; lo que yo quiero de tí no es vano favor; es el alma de tus venas; ¡lo que un puñal ansioso hurgando largo tiempo puede arrebatar a un corazón! Ve delante; yo te seguiré. Mi vigilante venganza me acompaña sin cesar y me habla al oído. Ve, aquí estoy yo, y yo espío y escucho, y sin ruido mi paso busca el tuyo y lo sigue y persigue. De día, ¡oh rey!, no podrás volver la cabeza sin verme inmóvil y sombrío en tus solemnidades; ni de noche podrás tampoco volverla sin encontrar mis ojos fulgurantes detrás de tí. *(Váse.)*

---

## ACTO II

### EL BANDIDO

*Un patio del palacio de Silva. A la izquierda los grandes muros del palacio, con una ventana con balcón. Debajo de la ventana una puerta pequeña. A la derecha y en el fondo casas y calles. Es de noche. En las fachadas de los edificios algunas ventanas iluminadas.*

### ESCENA I

DON CARLOS, DON SANCHO SANCHEZ DE ZUÑIGA, conde de Monterey, DON MATIAS CENTURION, marqués de Almunan; DON RICARDO DE ROJAS, señor de Casapalma.

*(Salen los tres últimos siguiendo a don Carlos, con el ala del sombrero echada sobre el rostro y embozados en sendas capas, que dejan ver por debajo las puntas de las espadas.)*

DON CARLOS *(examinando el balcón)*.—He aquí el balcón, la puerta... Me hierve la sangre. *(Mirando la ventana.)* Todavía no hay luz. Y la hay en todas partes donde no me conviene, menos en esta ventana, donde me convendría.

DON SANCHO.—Señor; y volviendo al traidor, ¿le dejasteis partir?

DON CARLOS.—Así es verdad.

DON SANCHO.—Y acaso fuera el jefe de la cuadrilla.

DON CARLOS.—Jefe o capitán, yo no vi nunca testa coronada tan altiva.

DON SANCHO.—¿Y se llama?

DON CARLOS.—Muñoz... Fernán... No; un nombre que acaba en i.

DON SANCHO.—¿Hernani, acaso?

DON CARLOS.—Eso; Hernani.

DON SANCHO.—Es él.
DON MATIAS.—Hernani es.
DON SANCHO.—¿Y no recordáis su conversación?
DON CARLOS *(sin dejar de mirar a la ventana)*.—¡Pardiez! No oía nada en aquel maldito armario.
DON SANCHO.—Pero, señor, ¿cómo lo soltasteis, teniéndolo ya en vuestras manos?
DON CARLOS *(mirándole fijamente)*.—Conde de Monterey, ¿me interrogáis? *(Los dos señores retroceden y callan.)* Por otra parte, no es eso lo que más me interesa. Yo voy tras de su amada, no tras él. Estoy realmente enamorado. ¡Qué ojos negros tan hermosos, amigos míos! ¡Dos espejos! ¡Dos antorchas! De todo el coloquio no oí más que estas palabras: «Hasta mañana por la noche.» Pero es lo esencial. Ahora, mientras ese bandido con cara de galán se entretiene en alguna fechoría, me anticipo yo y le robo la paloma.
DON RICARDO.—Hubiera sido un golpe completo matar a la vez al buitre.
DON CARLOS.—¡Buen consejo! Tenéis la mano muy ligera, conde.
DON RICARDO.—Señor, ¿con qué título os place que sea conde?
DON SANCHO.—Ha sido una equivocación.
DON RICARDO.—El Rey me ha nombrado conde.
DON CARLOS.—Basta. He dejado caer ese título; recogedlo, y en paz.
DON RICARDO *(inclinándose)*.—Gracias, señor.
DON SANCHO.—¡Gran título! Conde por equivocación. *(El Rey se pasea por el fondo, mirando con impaciencia hacia las ventanas iluminadas. Los otros hablan entre sí en el proscenio.)*
DON MATIAS *(a don Sancho)*.—Pero, ¿qué hará el rey, una vez sorprendida la dama?
DON SANCHO.—La hará condesa, después dama de honor, y cuando tenga un hijo de ella, lo hará rey.
DON MATIAS.—¡Pardiez! ¡A un bastardo! Conde, enhorabuena; pero no así como así se puede sacar un rey de una condesa.
DON SANCHO.—Entonces la hará marquesa, mi querido marqués.
DON MATIAS.—Los bastardos se guardan para los países conquistados, y se les hace virreyes, única cosa para que sirven.
DON CARLOS *(mirando con cólera las ventanas iluminadas)*.—¡Pardiez! Diríase que son ojos celosos que nos espían. Ahora se oscurecen dos. ¡Sea enhorabuena! ¡Cuán largos son los momentos de espera! ¿Quién haría adelantar la hora?
DON SANCHO.—Eso es lo que decimos muchas veces en palacio.
DON CARLOS.—Mientras en los vuestros mi pueblo lo repite. La última ventana se oscurece. *(Mirando a la de Sol.)* ¡Maldita vidriera! ¿Cuándo te iluminarás tú? ¡Oh, doña Sol! Ven pronto a brillar cual un astro en las sombras de esta noche. *(A Don Ricardo.)* ¿Son ya las doce?
DON RICARDO.—Muy pronto serán.
DON CARLOS.—Hay que acabar cuanto antes. A cada momento puede llegar el otro. *(Se ilumina la ventana de Sol.)* ¡Por fin, amigos míos, sale el sol! Ved la sombra de la dama a través de los cristales. No perdamos tiempo y hagamos la señal que espera. Hay que dar tres palmadas. Pero acaso se alarme viendo aquí tanta gente. Retiraos allá a la sombra a guardarme las espaldas. Compartamos estos amoríos: la dama para mí; para vosotros el bandido.

DON RICARDO.—Muchas gracias, señor.

DON CARLOS.—Si viene a estorbarme, dale bonitamente una estocada, y mientras se recobra, me llevaré yo la dama. Pero, ¡cuidado con matarlo! Al cabo es un valiente, y la muerte de un hombre, cosa grave. *(Los tres caballeros se inclinan y salen. Don Carlos hace luego la señal dando las tres palmadas, y a la última se asoma Sol al balcón, vestida de blanco.)*

ESCENA II

DON CARLOS, DOÑA SOL

DOÑA SOL.—¿Eres tú, Hernani?

DON CARLOS *(aparte)*.—¡Pardiez! No hablemos. *(Vuelve a hacer la señal.)*

DOÑA SOL.—Bajo al punto. *(Cierra la ventana y muy luego se abre la puerta pequeña, apareciendo Sol con una lámpara en la mano y un manto al hombro.)*

DOÑA SOL.—¿Hernani? *(Don Carlos se cala el sombrero y se le acerca precipitadamente.)*

DOÑA SOL *(dejando caer la lámpara)*.—¡Dios mío! ¡No es su paso! *(Quiere retroceder, pero el rey la detiene por el brazo.)*

DON CARLOS.—¡Doña Sol!

DOÑA SOL.—¡Cielos! ¡No es su voz! ¡Infeliz de mí!

DON CARLOS.—¿Qué voz quieres más amorosa? Siempre es la voz de un amante, y de un amante real.

DOÑA SOL.—¡El rey!

DON CARLOS.—Pide, manda... Un reino te ofrezco; porque éste, cuyo amor desdeñas, es el rey, tu señor; es Carlos, tu esclavo.

DOÑA SOL *(pugnando por desasirse)*.—¡Socorro! ¡Hernani!

DON CARLOS.—No te asustes; es el rey quien te tiene, no el bandido.

DOÑA SOL.—No; el bandido sois vos. ¿No os da vergüenza? ¿Son estas las hazañas que han de daros fama? ¡Venir de noche a robar una doncella! ¡Ah, mi bandido vale cien veces más que vos! Oid, rey de Castilla. Si el hombre naciera donde lo eleva su alma, si Dios concediera la jerarquía a la altura del corazón, el rey sería él, y el bandido vos.

DON CARLOS.—¡Señora!...

DOÑA SOL.—¿Olvidáis que mi padre era conde?

DON CARLOS.—Yo os daré duquesa.

DOÑA SOL.—Basta. ¡Qué vergüenza! *(Retrocediendo algunos pasos.)* Nada, nada puede haber entre nosotros, don Carlos. Mi padre derramó por vos su sangre y yo soy doncella noble, y celosa de mi estirpe y de mi honor...; soy mucho para manceba y muy poco para esposa.

DON CARLOS.—¿Princesa?

DOÑA SOL.—Rey don Carlos, id con vuestros amoríos a mujerzuelas dignas de ellos, pues si osáis tratarme a mí con tal infamia, podré muy bien demostraros que soy dama y que soy mujer.

DON CARLOS.—Pues bien, venid a compartir mi trono; seréis reina, emperatriz...

DOÑA SOL.—Comprendo la celada. Concluyamos: prefiero con mi Hernani vivir errante fuera del mundo y de la ley, con hambre y sed, compartiendo su destino, abandono, guerra, destierro, persecución, miseria, a ser emperatriz con un emperador.

DON CARLOS.—¡Cuán feliz es ese hombre!

DOÑA SOL.—Es pobre y hasta proscripto.

DON CARLOS.—Hace bien en ser pobre y hasta proscripto, puesto que es tan amado. Yo estoy solo y un ángel le acompaña a él. En fin, ¿me odiáis?

DOÑA SOL.—No os amo.

DON CARLOS *(asiéndola con violencia)*.—Pues bien, me améis o no, vendréis conmigo; mi mano es más fuerte que la vuestra. Vendréis. ¡Yo lo quiero así! ¡Pardiez! ¡Vamos a ver si soy en balde rey de España y de las Indias!

DOÑA SOL *(forcejando)*.—¡Ah! ¡Señor, por piedad! Pues sois el rey, duquesa, marquesa o condesa, no tenéis más que escoger: las damas de la corte tienen siempre amor para vuestro amor. Pero mi proscripto, ¿qué recibió del avaro cielo? Vos tenéis a Castilla, Aragón, Navarra, Murcia, León y diez reinos más, y Flandes y las Indias con sus minas de oro; tenéis un imperio en que nunca se pone el sol; y con todo esto, ¿habréis de quitarle a él lo único que tiene... mi cariño? *(Se hinca de rodillas a los pies del rey.)*

DON CARLOS.—Ven, no escucho nada. Ven; si correspondes a mi amor te doy a elegir entre mis Españas.

DOÑA SOL.—No quiero más de vos que este puñal. *(Se lo arranca del cinto y el rey la suelta y retrocede.)* ¡Atreveos ahora! ¡Dad un paso no más!

DON CARLOS.—¡Qué hermosa está! No extraño ya que ame a un rebelde. *(Va a dar un paso y Sol alza el puñal.)*

DOÑA SOL.—¡Un paso hacia mí y os mato y me mato! *(El rey retrocede más. Sol se desvía y grita:)* ¡Hernani! ¡Hernani!

DON CARLOS.—¡Callad!

DOÑA SOL.—¡Un paso y todo acaba!

DON CARLOS.—Señora, ya que a tal extremo reducís mi bondad, sabed que para obligaros tengo ahí tres hombres de mi séquito.

HERNANI *(surgiendo a su espalda)*.—Habéis olvidado uno. *(Vuélvese el rey y ve a Hernani con los brazos cruzados bajo su larga capa y con el ala del sombrero levantada. Sol da un grito y corre a abrazarle.)*

## ESCENA III

DON CARLOS, DOÑA SOL, HERNANI

HERNANI.—¡Oh! El cielo me es testigo que hubiera ido de buen grado a buscarlo más lejos.

DOÑA SOL.—Hernani, sálvame.

HERNANI.—Cálmate, vida mía.

DON CARLOS.—¿Qué diablos hacen mis amigos por allá? ¡Haber dejado pasar a este capitán de bandoleros! *(Llamando.)* ¡Monterey!

HERNANI.—Vuestros amigos están en poder de los míos. No reclaméis ayuda de sus espadas impotentes: para tres que vinieran a ayudaros, vendrían a ayudarme a mí sesenta, y vale cualquiera de ellos por vosotros cuatro. Por consiguiente, vamos a saldar los dos solos nuestras cuentas. ¡Con que pusisteis la mano en esta doncella! Ha sido una imprudencia, señor rey de Castilla, y una cobardía.

DON CARLOS *(con desdén)*.—Señor bandido, de vos a mí no hay reproche.

HERNANI.—¡Os chanceáis! ¡Oh! Yo no soy rey; pero cuando un rey me agravia y se chancea además, se me sube la cólera a la altura de su orgullo. Y cuenta que en afrentándome se teme más al rubor de mi frente que a la púrpura de un rey. Sois un insensato si abrigáis la más mínima esperanza. *(Agarrándolo del brazo.)* ¿Conocéis bien la mano que os aprieta? Escuchad. Vuestro padre hizo morir al mío, ¡y os odio! Me habéis quitado mis bienes y mis títulos, ¡y os odio! Amáis a la mujer que yo amo, ¡y os odio, os odio, os odio con toda mi alma!

DON CARLOS.—Bien está.

HERNANI.—Esta noche, sin embargo, ni me acordaba de vos: sólo tenía un anhelo, un ardor, una necesidad: doña Sol. Y anheloso y ardiente de amor vengo y, ¡por vida mía!, os encuentro en vías de robármela. ¡Cuando ya os había olvidado, os interponéis vos mismo en mi camino! Señor rey de Castilla, os repito que sois un insensato. Caísteis en vuestras propias redes: ni fuga ni socorro. ¡Oh, te tengo asediado! Solo, rodeado por todas partes de encarnizados enemigos, ¿qué has de hacer?

DON CARLOS.—¿También me interrogáis?

HERNANI.—¡Bah! ¡bah! No quiero que un brazo oscuro te hiera. Ni quiero que se me escape mi venganza. Nadie te tocará, sino yo. Defiéndete. *(Saca su espada.)*

DON CARLOS.—Yo soy vuestro rey y señor. Matadme, sea; pero sin duelo.

HERNANI.—Pronto olvidaste que anoche tu espada se cruzó con la mía.

DON CARLOS.—Anoche ignoraba vuestro nombre, y vos ignorabais también mi jerarquía. Hoy vos sabéis quién soy yo, y yo quién sois vos.

HERNANI.—Enhorabuena. Defiéndete.

DON CARLOS.—No acepto el duelo. Asesinadme.

HERNANI.—Pero, ¿crees que los reyes son para mí sagrados? ¡A ver si te defiendes!

DON CARLOS.—Asesinadme; no me defiendo. ¡Ah! ¿Creéis, bandidos, que vuestras viles gavillas pueden extenderse impunemente por las ciudades? *(Hernani retrocede. Don Carlos le mira con ojos de águila.)* ¿Creéis que, manchados de sangre y cargados de crímenes, podréis, con todo, pasar por generosos? ¿Creéis que nosotros, víctimas de vuestras violencias, hemos de ennoblecer vuestros puñales con el choque de nuestras espadas? No; el crimen os posee y por donde quiera lo arrastráis. ¡Duelos con vosotros! No, no; asesinad. *(Hernani, sombrío y pensativo, vacila un momento en herir. De repente quiebra la espada contra el suelo y se vuelve hacia el rey.)*

HERNANI.—Vete. Mejores encuentros tendremos. Vete, pues.

DON CARLOS.—Está bien. Dentro de algunas horas, yo, vuestro rey, volveré al palacio ducal y mi primer cuidado será llamar al juez. ¿Han puesto precio a vuestra cabeza?

HERNANI.—Sí.

DON CARLOS.—Bien. Desde hoy os tengo por rebelde y traidor. Por todas partes he de perseguiros. Estáis avisado. Voy a decretar vuestra proscripción del reino.

HERNANI.—Ya está decretada.

DON CARLOS.—Una vez más.

HERNANI.—Por fortuna, Francia está cerca y me servirá de asilo.

DON CARLOS.—Voy a ser emperador de Alemania y quedaréis proscripto del Imperio.
HERNANI.—Me queda el resto del mundo para seguir odiándote.
DON CARLOS.—¿Y si fuera mío el mundo?
HERNANI.—Entonces... entonces me quedaría la tumba.
DON CARLOS.—Bien; yo sabré desbaratar tus maquinaciones insolentes y rebeldes.
HERNANI.—La venganza es coja y llega a paso lento; pero llega.
DON CARLOS *(con desdén)*.—¡Tocar a la dama que adora a un bandido!
HERNANI.—Recuerda que aun estás en mi poder, y piensa, futuro César, piensa que si apretara esta mano harto generosa, aplastaría en el huevo tu águila imperial.
DON CARLOS.—¡A ver si os atrevéis!
HERNANI.—¡Vete! ¡vete!... Huye de aquí; pero toma antes mi capa. *(Se quita la capa y la echa a los hombros del rey.)* Sin ella, te caería encima algún puñal. *(Envuélvese el rey en la capa del bandido.)* Ahora, parte sin temor. Mi sedienta venganza hace sagrada tu cabeza para otro que yo no sea.
DON CARLOS.—Ya que me habláis así, no me pidáis nunca gracia ni perdón. *(Vase.)*

## ESCENA IV

HERNANI, DOÑA SOL.

DOÑA SOL.—Ahora huyamos sin tardanza.
HERNANI.—¿Estás resuelta a aceptar mi desgracia y acompañarme hasta el fin? Noble propósito, digno de un fiel corazón. Pero, ya lo ves, bien mío; para llevarme gozoso a mi retiro un tesoro de belleza que codicia un rey; para que mi Sol me siga y me pertenezca, para tomar su vida y unirla a la mía; para arrastrarte conmigo sin vergüenza y sin pesar, no es tiempo, no es tiempo aún: veo el cadalso demasiado cerca.
DOÑA SOL.—¿Qué dices?
HERNANI.—El rey, a quien he mirado cara a cara, va a castigarme por haberle perdonado. Huyo; acaso esté ya en su palacio llamando a sus guardias, a sus criados, a sus caballeros y verdugos.
DOÑA SOL.—¡Ah! Estoy temblando, Hernani. Pues bien, démonos prisa: huyamos juntos.
HERNANI.—¡Juntos! No, no. La hora ha pasado. ¡Ah! Doña Sol, cuando te revelaste a mis ojos, tan buena, y hasta piadosa, dignándote poner tu amor en mí, yo, ¡desdichado!, pude ofrecerte lo que tenía: mis montañas, mis bosques, mis torrentes, mi negro pan de proscripto, la mitad del lecho de musgo en que reposo; pero ofrecerte la mitad del cadalso... perdona, ¡oh Sol! ¡el cadalso es para mí solo!
DOÑA SOL.—Me lo prometiste también.
HERNANI *(de rodillas a sus pies)*.—¡Angel mío! En este instante en que acaso se acerca la muerte entre las sombras, declaro aquí, proscripto, con mi dolor profundo de haber nacido en cuna ensangrentada, que por negro que sea el duelo que envuelve mi vida, soy un hombre feliz, y quiero que me envidien porque me amaste, porque tú me lo has dicho, porque en voz baja bendecíste mi frente maldita.

DOÑA SOL.—¡Hernani mío!

HERNANI.—¡Bendita mil veces la suerte que puso para mí esta flor al borde del abismo! *(Levantándose.)* Y no te hablo ahora a tí en este lugar; hablo al cielo, a Dios, que me está oyendo.

DOÑA SOL.—Permíteme que te siga.

HERNANI.—¡Oh! Sería un crimen arrancar la flor al caer en el abismo. Vete; ya he respirado su perfume; basta. Reanuda a otros días tus días por mí ajados; sé esposa del viejo; yo te desligo de tu palabra y vuelvo a mis sombras. Olvida y sé dichosa.

DOÑA SOL.—No; te seguiré: quiero compartir tu suerte y no me apartaré de ti.

HERNANI *(abrazándola).*—¡Oh! Déjame huir solo. Estoy desterrado, proscripto; soy funesto. *(Se aparta de golpe.)*

DOÑA SOL *(con desesperación).*—¡Hernani! ¡Me abandonas!

HERNANI *(volviendo).*—¡Oh! no, me quedo: tú lo quieres y aquí me tienes. Ven, ¡oh!, ven a mis brazos. Me quedo, y estaré a tu lado cuanto quieras. Olvidémoslo todo. Siéntate aquí. *(Siéntase Sol en un banco de piedra y él se coloca a sus pies.)* La luz de tus ojos inunda los míos. Cántame algún cantar como otras noches, mientras en tus pestañas temblaban para caer en mis labios las blandas perlas de tus lágrimas. ¡Seamos felices! Bebamos... La copa está llena... Estos momentos son nuestros, y lo demás es locura. Háblame, embriágame. ¿No es verdad, Sol de mi cielo, que es dulce amar y saber que se nos ama de rodillas? ¿Y ser dos, y estar solos, y hablar de amor entre los velos de la noche, cuando todo duerme, sueña y calla? ¡Oh! ¡Déjame dormir y soñar en tu seno, Sol de mi alma, vida mía...! *(Tañido de campanas.)*

DOÑA SOL *(levantándose asustada).*—¿Oyes? ¡Tocan a rebato!

HERNANI *(aun a sus pies).*—No; tocan a nuestras bodas. *(Aumenta el campaneo. Gritos confusos. Antorchas en las calles, luces en las ventanas.)*

DOÑA SOL.—Levántate y ponte en salvo. ¡Gran Dios! Se incendia la ciudad.

HERNANI.—Tendremos boda con antorchas. *(Choque de espadas y gritos.)*

DOÑA SOL.—Es la boda de los muertos.

HERNANI *(reclinándose en el banco).*—Volvamos a soñar.

UN MONTAÑES *(corriendo, espada en mano).*—¡Señor, los esbirros, los alcaldes desembocan en la plaza en tropel! ¡Alerta, señor!

DOÑA SOL.—¡Ah! ¡Bien decías! *(Hernani se levanta.)*

EL MONTAÑES.—¡Socorro!

HERNANI.—Aquí estoy. No temas.

GRITOS CONFUSOS *(fuera).*—¡Muera el bandido!

HERNANI *(al montañés).*—Tu espada. *(A Sol.)* ¡Adiós!

DOÑA SOL.—¡Yo causé tu perdición! ¿Adónde vas? *(Indicándole la puerta pequeña.)* Ven, huyamos por esta puerta.

HERNANI.—¿Qué dices? ¡Abandonar a mis amigos! *(Tumulto.)*

DOÑA SOL.—¡Esos clamores me espantan! *(Reteniendo a Hernani.)* No olvides que si tú mueres, muero yo.

HERNANI *(teniéndola abrazada).*—Un beso...

DOÑA SOL.—¡Hernani! ¡esposo mío! ¡dueño mío!

HERNANI *(besándola la frente).*—El primero.

DOÑA SOL.—Acaso el último. *(Márchase Hernani, y doña Sol cae sobre el banco.)*

## ACTO III

### EL ANCIANO

*Galería de retratos de la familia de Silva; salón cuyo decorado forman estos retratos, encuadrados con preciosas molduras que coronan emblemas y escudos ducales. En el fondo, una alta puerta gótica. Entre los retratos, panoplias de diversos siglos.*

### ESCENA I

DOÑA SOL, de blanco y en pie junto a una mesa, DON RUY GOMEZ DE SILVA, sentado en su gran sitial de roble.

DON RUY.—¡Por fin llegó el día! Dentro de una hora serás mi duquesa. Nada ya de tío ni sobrina: podré entonces abrazarte y... Pero, ¿me has perdonado? No tuve razón, lo confieso; hice que palidecieran tus mejillas y se ruborizara tu frente, con harto pronta sorpresa y no debí condenarte sin oirte. ¡Cómo engañan las apariencias y qué injustos somos! Verdaderamente, allí estaban los dos mozos, ambos muy gentiles de persona. No debí dar crédito a mis propios ojos; pero, ¿qué quieres, niña? cuando uno es viejo...

DOÑA SOL.—Siempre me habláis de ello, y nunca os lo eché en cara.

DON RUY.—Pues yo sí. Yo debía saber que con un alma como la tuya, no puede tener galanes quien se llama doña Sol de Silva y lleva en sus venas pura sangre castellana.

DOÑA SOL.—Ciertamente; es pura y buena, y acaso se vea muy pronto.

DON RUY *(yendo hacia ella)*.—Escucha; nadie es dueño de sí mismo, cuando está enamorado, como yo lo estoy de ti, y es además viejo. Cualquiera se vuelve celoso y malo en ciertas condiciones. ¿Por qué? ¡La vejez! Porque la belleza, la gracia, la juventud en otro, todo espanta y hace temblar; porque está uno celoso de los demás y avergonzado de sí propio. ¡Qué irrisión que este hombre cojo o tullido, con el corazón ardiente y embriagado de amor, haya olvidado el cuerpo al rejuvenecer el alma! Cuando pasa un joven pastor, muchas veces, mientras vamos, cantando él por su verde prado y yo soñando por mis negras avenidas, muchas veces digo para mí: «¡Oh! ¡de qué buena gana daría yo mis almenadas torres, mi antiguo palacio ducal, mis bosques y sembrados, mis rebaños, mis títulos, todas mis ruinas por su cabaña nueva y por su frente juvenil!» Porque sus cabellos son negros, porque sus ojos brillan como los tuyos. Tú puedes verlo y decir: «¡Qué mozo!» Y después pensar en mí, que soy viejo. Verdad que soy Gómez de Silva; mas esto no basta. Sí, eso me digo. Ya ves hasta qué punto te amo: todo lo daría por ser joven y hermoso como tú. Pero, ¿a qué viene delirar así? ¡Yo joven y bello, cuando debo precederte en la tumba!

DOÑA SOL.—¿Quién sabe?

DON RUY.—Pero, créeme, esos caballeros frívolos no aman tan intensamente que no se gaste su amor en palabras. Si una doncella ama a uno de esos mozalbetes, ella se muere por él y él se ríe de ella. Todos esos pajarillos de alas ligeras y vistosas tienen tan mudable el amor como el plumaje. Los viejos, sin alas tan vistosas ni ligeras, amamos mejor. ¿Que nuestro paso es pesado, nue-

tra frente está arrugada y son áridos nuestros ojos? Verdad; pero el corazón no se agosta ni se arruga nunca. ¡Ah! cuando un viejo ama, hay que considerarlo mucho; el corazón siempre es joven y puede lastimársele. ¡Oh! mi amor no es como un juguete de cristal que brilla y tiembla, no; es un amor severo, profundo, sólido, seguro, paternal, amistoso, de madera de roble, como mi silla ducal. He aquí cómo yo te amo; y te amo de otras cien maneras más: como se ama a la aurora, como se ama a las flores, como se ama a los cielos. De verte todos los días con tu gracioso paso, con tu frente pura y tus brillantes ojos, me río con todo el júbilo del alma y en el alma llevo una eterna fiesta.

DOÑA SOL.—¡Ah!

DON RUY.—Y luego el mundo ve con buenos ojos que cuando un hombre se extingue y poco a poco se va, hasta tropezar en la losa del sepulcro, una mujer, ángel puro, vele por él, lo abrigue y se digne sufrir al inútil anciano, que no es bueno ya sino para morir. ¡Excelente obra, que con razón se alaba, es el supremo esfuerzo de un corazón que se sacrifica, que consuela a un moribundo hasta el fin y sin amar acaso tiene dulzuras de amor! ¡Oh! tú serás para mí un ángel con corazón de mujer, que regocije aun el alma del pobre anciano y soporte la mitad de sus últimos años, hija por el respeto y hermana por la piedad.

DOÑA SOL.—Lejos de precederme, bien pudierais seguirme, señor. No es razón para vivir el ser joven. ¡Ah! muchas veces los viejos se retardan, y van delante los jóvenes.

DON RUY.—¡Qué ideas tan sombrías! He de reñirte, niña: un día como este es alegre y sagrado. Y a propósito, ¿cómo no estás vestida ya para la ceremonia? La hora se acerca. Ve, corre a vestirte, mientras yo cuento los instantes.

DOÑA SOL.—Siempre será tiempo.

DON RUY.—No tal. *(Entra un paje.)* ¿Qué quieres, Yágüez?

EL PAJE.—Señor, un peregrino espera a la puerta pidiendo hospitalidad.

DON RUY.—Quienquiera que sea, la ventura entra en la casa con el forastero que en ella se recibe. Que entre, pues. ¿Hay algunas noticias de afuera? ¿Qué se dice del capitán de bandoleros proscripto?

EL PAJE.—Todo acabó para Hernani, el león de la montaña.

DOÑA SOL *(aparte)*.—¡Dios mío!

DON RUY.—¿Cómo?

EL PAJE.—La partida ha sido derrotada. Dicen que el mismo rey se puso al frente de la tropa que salió en persecución de los bandoleros. La cabeza de Hernani vale por el momento mil escudos; pero se dice que ha muerto en la refriega.

DOÑA SOL *(aparte)*.—¡Sin mí! ¡Pobre Hernani!

DON RUY.—¡Gracias a Dios! Por fin murió el rebelde. Ahora podemos alegrarnos sin peligro, hija mía. El bandido murió. Ea, ve a ataviarte, amor mío, mi orgullo. ¡Hoy, doble fiesta! Ve, ve a vestirte.

DOÑA SOL *(aparte)*.—De luto, ¡ay de mí! *(Sale.)*

DON RUY.—Que le lleven pronto el cofrecito de joyas que yo le regalo. *(Siéntase.)* Quiero verla adornada como una Virgen, ante la cual caiga de rodillas el peregrino. A propósito. ¿Y ese que pedía hospitalidad? Corre, ve y dile que entre, y guíalo aquí. *(Sale el paje.)* Hacer esperar a un peregrino raya en impiedad. *(Abrese*

*la puerta del fondo y aparece Hernani, disfrazado de peregrino. El duque se levanta.)*

ESCENA II

DON RUY GOMEZ, HERNANI

HERNANI.—¡Paz y ventura al generoso duque! *(Avanza.)*
DON RUY.—¡Ventura y paz al peregrino, mi bien venido huésped! *(Siéntase.)* ¿No eres peregrino?
HERNANI.—Sí.
DON RUY.—¿Sin duda vendrás de Armillas?
HERNANI.—No; he tomado otro camino... Se batían por allá.
DON RUY.—La partida del proscripto, ¿eh?
HERNANI.—Lo ignoro.
DON RUY.—Y ese Hernani, ¿sabes qué ha sido de él?
HERNANI.—¿Quién es ese hombre, señor?
DON RUY.—¿No le conoces? Peor para ti, que has malogrado la ocasión de ganar la crecida suma en que se puso a precio su cabeza. Ese Hernani es un rebelde al Rey, nuestro señor; un capitán de bandoleros que andaba suelto e impune ha mucho tiempo. Si vas a Madrid le verás ahorcar.
HERNANI.—No, no voy allá.
DON RUY.—Su cabeza es del que quiera cortársela.
HERNANI *(aparte)*.—Que vengan por ella.
DON RUY.—Pues, ¿adónde vas, buen peregrino?
HERNANI.—A Zaragoza, señor.
DON RUY.—¿A cumplir algún voto a la Virgen?
HERNANI.—Sí, a la Virgen del Pilar.
DON RUY.—¡Madre y Señora mía! Hay que carecer de alma para olvidar los votos hechos a los santos. Pero, una vez cumplido el tuyo, ¿no llevas otros designios? ¿Ver el Pilar es todo lo que deseas?
HERNANI.—Todo.
DON RUY.—Bien. Y ¿cómo te llamas, hermano? Yo soy Ruy Gómez de Silva.
HERNANI.—Yo...
DON RUY.—Puedes callar tu nombre, si quieres; nadie tiene aquí el derecho de saberlo. ¿Vienes a pedir hospitalidad?
HERNANI.—Sí, ilustre Silva.
DON RUY.—¡Muy bien venido! Quédate en mi casa y dispón de todo. En cuanto a tu nombre, te llamas mi huésped y basta. Quienquiera que seas, te acojo; que al mismo Satanás recibiría, si Dios me lo enviara. *(Ábrese de par en par la puerta del fondo y entra doña Sol, en traje nupcial, seguida de pajes, criados y dos doncellas, que llevan sobre un cojín de terciopelo un cofrecito cincelado, que dejan sobre una mesa. El cofrecito encierra una corona ducal, brazaletes, collares, perlas y brillantes en confusión. Hernani, jadeante y azorado, mira con fulgurantes ojos a la novia, sin escuchar ya al duque.)*

ESCENA III

Los mismos, DOÑA SOL, pajes, criados, doncellas.

DON RUY.—¡He aquí a mi Virgen del Pilar! Orar ante ella, te traerá

felicidad. *(Va a ofrecer la mano a Sol.)* Futura esposa mía, venid, venid. Pero, ¿cómo estáis todavía sin el anillo nupcial ni la corona?

HERNANI *(con voz de trueno)*.—¿Quién quiere ganarse aquí mil carlos de oro? ¡Yo soy Hernani! *(Todos se vuelven sorprendidos. Hernani desgarra su hábito de peregrino, lo pisotea y queda en su traje ordinario.)*

DOÑA SOL *(aparte, con júbilo)*.—¡Aun vive! ¡Gracias, Dios mío!

HERNANI *(a los criados)*.—Yo soy el proscripto a quien se busca. *(Al duque.)* ¿No queríais saber si me llamaba Pedro o Diego? No; ¡me llamo Hernani! Aquí tenéis la cabeza puesta a precio. Vale bastante oro para pagar vuestras bodas. A todos os la ofrezco. Tomadla. Atadme de pies y manos... Pero es inútil: ¡me liga una cadena que no puedo romper!

DOÑA SOL *(aparte)*.—¡Desdichada de mí!

DON RUY.—¡Qué locura! Estáis sin duda loco, huésped mío.

HERNANI.—Vuestro huésped es un bandolero.

DOÑA SOL.—No, no le escuchéis.

HERNANI.—Dije verdad.

DON RUY.—¡Mil carlos de oro! ¡Tan crecida es la suma, que no respondo de todos mis criados.

HERNANI.—Me basta uno solo. Delatadme, entregadme.

DON RUY.—Callad, callad, no sea que os cojan la palabra.

HERNANI.—La ocasión es propicia. ¡Os aseguro qeu soy el proscripto, el rebelde Hernani!

DON RUY.—Callad.

HERNANI.—¡Hernani!

DOÑA SOL *(a su oído)*.—¡Oh! ¡calla, por Dios!

HERNANI.—Aquí por lo visto estáis de bodas. Yo también quiero celebrar una fiesta imperial. Mi esposa me aguarda; no es tan bella como la vuestra, señor duque, pero no es menos fiel...; ¡es la muerte! *(A los criados.)* ¿Ninguno de vosotros da un paso todavía?

DOÑA SOL *(bajo)*.—¡Por piedad!

HERNANI.—¡Hernani! ¡Mil escudos de oro!

DON RUY.—Es el mismo demonio.

HERNANI *(a un paje joven)*.—Ven, ven tú; tú ganarás los mil carlos, y rico entonces, el paje será un hombre. *(A los criados.)* Pero, ¿qué hacéis vosotros? ¿Temblar? ¿Hay peor suerte?

DON RUY.—Tocando a tu cabeza arriesgarían la suya. Aunque fueras Hernani u otro cien veces peor, y así en lugar de oro ofrecieras un imperio, en mi casa debo protegerte contra todos, contra el mismo rey, porque al huésped lo envía Dios. ¡Muera yo, antes que nadie toque a un cabello de tu cabeza! Sobrina mía, dentro de una hora serás mi esposa. Vuelve a tu aposento. Voy a poner en armas el castillo y a cerrar sus puertas. *(Sale, seguido de sus criados.)*

HERNANI *(mirando con desesperación su cinto desarmado)*.—¡Ah! ¡ni un puñal! *(Luego que ha desaparecido el duque, da Sol algunos pasos como para seguir a sus doncellas; después se detiene, y cuando salen, vuelve con ansiedad hacia Hernani.)*

## ESCENA IV

### HERNANI, DOÑA SOL

*(Contempla Hernani con mirada fría y como distraída el cofrecillo nupcial de encima la mesa y fulguran sus ojos.)*

HERNANI.—Os doy la enhorabuena. Me encanta el adorno... me encanta... *(Acercándose al cofrecillo.)* El anillo nupcial es de buen gusto... la corona ducal admirable... el collar, precioso... los brazaletes, bellísimos; pero mil veces, mil veces menos que la mujer que en seno tan blanco oculta un corazón tan negro. Y ¿qué habéis dado por todo esto? Un poco de vuestro amor. ¡Gran Dios! ¡Engañar así, no tener vergüenza y vivir! Pero, al cabo, quizá sean falsas estas perlas, cobre el oro, vidrio y plomo los diamantes, y falsos los zafiros, y falso todo. ¡Ah! Si es así, duquesa, como estas joyas es falso tu corazón y tú no eres más que oropel. Pero, no; todo es fino, y bueno y bello. Collar, brillantes, pendientes, corona, anillo nupcial... nada falta. ¡Magnífico regalo! ¡Y a fe que lo merece amor tan seguro, tan fiel, tan profundo!

DOÑA SOL.—No has llegado al fondo. *(Registra ella misma el cofre y saca un puñal.)* Es el puñal que arrebaté al rey cuando me ofrecía un trono, que desprecié por quien ahora me ultraja.

HERNANI *(cayendo a sus pies)*.—¡Oh! ¡Deja que de rodillas recoja las lágrimas que lloran tus tristes cuanto bellos ojos! Luego, por esas lágrimas, toma tú toda mi sangre.

DOÑA SOL.—Te perdono, Hernani; mas no olvides nunca que todo mi amor es tuyo.

HERNANI.—¡Me ha perdonado y me ama! ¡Oh! ¡Quisiera saber dónde pisas para besar el suelo!

DOÑA SOL.—¡Oh!

HERNANI.—No, yo debo serte odioso; pero, escucha, dime otra vez que me amas; calma un corazón que duda: dímelo, por piedad, porque muchas veces con tan pocas palabras curaron hondas heridas los labios de una mujer.

DOÑA SOL.—¡Creer que fuera tan olvidadizo mi amor! ¡No recordar, no saber que jamás ninguno de esos hombres sin gloria podría ocupar un corazón lleno de Hernani!

HERNANI.—Blasfemia. Cualquiera en tu lugar se hubiera cansado ya de este loco furioso, que no sabe acariciar sino después de haber ofendido y le hubiera dicho: *¡Basta! ¡Vete!* ¡Recházame, recházame! Yo te bendeciré, porque has sido bondadosa y dulce siempre conmigo, porque me has sufrido demasiado tiempo, porque soy un malvado oscureciendo, manchando tu luz con mis sombras. Sí, es demasiado ya: tu alma es bella, y noble y pura; y si yo soy malo, ¿acaso es tuya la culpa? Sé esposa del duque; es bueno y rico: sé feliz con él. No olvides lo que esta mano puede ofrecerte: un dote de dolores. La proscripción, los grillos, la muerte, el espanto que me cerca: tal sería tu collar, tal tu corona. Sé esposa del viejo, te lo repito. Y él lo merece más. ¿Cómo casar tu pura frente con mi cabeza proscripta? ¿Quién, viéndonos unidos, a ti tranquila y bella, a mí violento y fiero, a ti apacible, limpia como blanca azucena, a mí airado, sombrío, azotado por tantas tempestades; ¿quién diría que nuestra suerte sigue la misma ley? No; Dios, que lo hace bien todo, no te hizo a ti para mí. No me concedió el cielo derecho ninguno sobre ti;

me resigno: poseer tu corazón sería un robo, y se lo restituyo a otro más digno. Jamás consintió el cielo en nuestro amor; y mentí, si te dije que era nuestro destino; mentí. Amor, venganza, ¡adiós! Se acabó todo: me voy, avergonzado de no haber podido vengarme ni ser feliz. ¡Y que naciera para odiar yo que no supe sino amar! Perdóname, huye de mí: es ya mi único ruego; no lo desoigas, porque es también el último. Tú vives y yo muero. No veo por qué razón habrías tú de enterrarte conmigo.

DOÑA SOL.—¡Ingrato!

HERNANI.—¡Montes de Aragón! ¡Galicia! ¡Extremadura! ¡Oh! ¡Yo llevo la desgracia a todo lo que me rodea! Os arrebaté vuestros mejores hijos; sin remordimiento les hice pelear por mis derechos, y sucumbieron. Eran los más bravos de la heroica España. Y cayeron, cayeron todos heridos en el pecho. He aquí lo que hago yo con todo lo que se me une. No; no es para ti unión esta de que debas tener celos. Cásate con el duque, con el diablo del Rey... Enhorabuena; todo lo que no sea yo vale más que yo. Ni un amigo tengo que se acuerde de mí; todos me abandonan; tiempo es ya de que te llegue tu vez, porque debo quedar solo. Huye de mi contagio. ¡Oh! ¡por piedad de ti huye de mí! Quizá me creas un hombre como los demás, un ser inteligente, que corre derecho al fin que se propuso. Desengáñate. Soy una fuerza errante, un agente ciego y sordo de fúnebres misterios, un alma formada de tinieblas. ¿Adónde voy? No lo sé. Pero me siento empujado por soplo impetuoso, por un loco destino, y bajo sin detenerme jamás. Si jadeante a veces vuelvo la cara atrás, oigo una voz que me grita: *¡Adelante!* Y el abismo es profundo; y de fuego o de sangre, lo veo todo rojo allá en lo hondo. Entretanto, a uno y otro lado de mi vertiginoso camino, todo se rompe, y muere todo. ¡Ay del que me toca! ¡Oh! ¡huye, aléjate de mi fatal camino, pues sin querer, doña Sol, te haría daño!

DOÑA SOL.—¡Dios mío!

HERNANI.—El ángel de mi guarda ha de ser un demonio poderoso; mi dicha es el único prodigio que le es imposible. Y tú eres la dicha; no eres, pues, para mí. Toma otro esposo; y si algún día el cielo se aplacara... ¡Qué ironía! No, no lo esperes. Cásate con el duque.

DOÑA SOL.—No era bastante haberme desgarrado el corazón y ahora me lo arrancas. ¡Ah! ¡no me amas!

HERNANI.—¡Oh! mi corazón eres tú, mi alma eres tú, el ardiente foco que a mí me da luz y calor eres tú; pero he debido hablarte así; no me vituperes por eso.

DOÑA SOL.—No, pero moriré.

HERNANI.—¡Morir tú! ¿Por quién? ¿Por mí? ¿Habrías de morir por tan poco?

DOÑA SOL *(rompiendo a llorar)*.—Moriré. *(Cae en una silla.)*

HERNANI *(abalanzándose a ella)*.—¡Oh! ¡Lloras! ¡Y siempre por culpa mía! ¿Quién me castigará, ya que tú siempre me perdonas? ¡Quién, a lo menos, pudiera hacerte ver lo que yo sufro, cuando una lágrima extingue la luz de tus ojos, que es la única luz del alma mía! Pero han muerto mis amigos; estoy loco... perdóname otra vez. Quisiera amar y no sé; y, sin embargo, me estoy muriendo de amor. No llores; muramos antes. ¡Qué no tuviera un mundo que poner a tus pies! ¡Pero soy tan pobre!...

DOÑA SOL *(abrazándole)*.—¡Oh! ¡tú eres mi león soberbio y generoso, y yo... yo amo a mi león!

HERNANI.—¡Oh! El amor sería un bien supremo, si pudiéramos morirnos a fuerza de amar. ¿Quién de los dos se hubiera muerto antes?

LOS DOS A LA VEZ.—Yo.

HERNANI *(con desesperación)*.—¡Oh! ¡cuán dulce me sería una puñalada tuya!

DOÑA SOL.—¡Ah! ¿No temes que te castigue Dios?

HERNANI *(apoyando la frente en su seno)*.—Pues bien, que Dios nos una. ¿Tú lo quieres así? Así sea. Yo he resistido. *(Se contemplan extasiados, sin ver ni oir nada en torno. Entra don Ruy por el fondo, los ve y se detiene como petrificado.)*

## ESCENA V

### HERNANI, DOÑA SOL, DON RUY GOMEZ

DON RUY *(inmóvil y con los brazos cruzados)*.—He aquí el pago de mi buena hospitalidad.

DOÑA SOL.—¡Dios mío! ¡El duque! *(Se aparta con sobresalto.)*

DON RUY.—¿Es este el pago, señor huésped?... Buen esñor, id a ver si la muralla es segura, si están las puertas cerradas y el arquero en su torre. Revisa tu castillo, busca en tu arsenal una armadura a tu medida; requiere a los sesenta años tu arnés de batalla. He aquí la lealtad con que pagaremos la tuya... ¡Santos del cielo! He vivido más de sesenta años, he encontrado a veces gentes desalmadas; en muchas ocasiones al sacar mi espada de la vaina levanté caza de verdugo; he conocido asesinos, traidores, monederos falsos, criados infieles envenenadores de sus amos; he conocido a Sforza, a Borgia, a Lutero; mas nunca ví perversidad tan grande que no temiera el rayo de Dios haciendo traición a su huésped. Esto no es de mi tiempo; tan negra traición petrifica a un anciano en el umbral de su casa, cual si fuera la estatua de su propia tumba. ¿Quién es este hombre? ¡Oh, vosotros, Silvas que aquí me escucháis! *(A los retratos)*, perdonad si ante vosotros, perdonad si en mi cólera, llamo a la hospitalidad mala consejera.

HERNANI.—Señor duque...

DON RUY.—¡Silencio! *(Adelanta unos pasos.)* ¡Muertos sagrados! ¡Mayores míos! ¡hombres de hierro, que veis lo que viene del cielo y del infierno! ¡decidme quién es este hombre! ¿Es Hernani o Judas Iscariote? ¡Hablad, decidme su nombre! *(Crúzase de brazos.)* ¿Visteis en vuestros días nada semejante?

HERNANI.—Señor duque...

DON RUY *(a los retratos)*.—¿Veis? ¡Quiere hablár el infame! Pero mejor que yo veis vosotros su alma. ¡Oh! ¡no le escuchéis! ¡Es un trapacero! Prevé sin duda que mi brazo va a ensangrentar mis lares, que mi corazón acaso engendra en sus tempestades una venganza, hermana del festín de las Siete cabezas, y os dirá que es proscripto, que se hablará de Silva como se habla de Lara, y... que es mi huésped, y que también lo es vuestro... ¡Antepasados míos! ya lo veis: suya es la culpa, mía no. Juzgad entre ambos.

HERNANI.—Ruy Gómez de Silva, si jamás se elevó ál cielo una frente noble, si hay un corazón hidalgo, un alma grande en el mundo, es vuestra alma, señor; es la tuya, huésped mío. Soy culpable y no tengo que decir nada en mi abono, sino que soy

digno de tu cólera. Sí; he querido robar a tu esposa, y hasta manchar tu lecho: es una infamia. Pero sangre tengo: derrámala, limpia luego tu espada, y en paz.

DOÑA SOL.—Señor, yo sola soy la culpable; castigadme a mí sola.

HERNANI.—Callad, doña Sol, porque estos momentos son supremos y me pertenecen a mí: no tengo ya nada más. Así, dejad que a solas me explique aquí con el duque. Duque, cree en mis últimas palabras. Soy culpable; mas no te inquietes; te juro que ella es pura. Así, para ella, pura, tu amor y tu fe; para mí, culpable, tu espada o tu hacha o tu puñal; luego mandas tirar afuera mi cadáver, y lavar el suelo, manchado con mi sangre, y... en paz.

DOÑA SOL.—¡Ah! ¡Yo soy la causa de todo, porque le amo! *(Don Ruy retrocede sorprendido y mira a la novia con fulgurantes ojos. Sol cae de rodillas y añade:)* ¡Oh! ¡Perdonad, señor; pero le amo!

DON RUY *(escandalizado)*.—¿Le amáis? *(A Hernani.)* ¡Tiembla, pues! *(Toque de trompetas fuera. Entra un paje.)* ¿Qué es eso?

EL PAJE.—El Rey, señor duque, el Rey que viene en persona con un cuerpo de arqueros; toca su heraldo.

DOÑA SOL.—¡Gran Dios! ¡El Rey! ¡Esto faltaba!

EL PAJE.—Pregunta el Rey por qué está cerrado el castillo y manda abrir la puerta.

DON RUY.—Abrid al Rey. *(Sale el paje.)*

DOÑA SOL.—¡Está perdido! *(Don Ruy va a un cuadro, que es su propio retrato y el último a la izquierda, toca un resorte, y se abre una puerta, dejando ver un escondrijo practicado en el muro. Luego se vuelve a Hernani.)*

DON RUY.—Entrad aquí.

HERNANI.—Mi cabeza es vuestra. Entregádsela, señor; estoy pronto a morir. *(Entra en el escondrijo y vuelve a cerrar don Ruy.)*

DOÑA SOL *(al duque)*.—¡Señor, piedad para él!

EL PAJE *(volviendo)*.—¡El Rey! *(Sol baja precipitadamente el velo. Ábrese de par en par la puerta del fondo, y entra don Carlos, de punta en blanco, seguido de multitud de caballeros y demás gente de guerra.)*

## ESCENA VI

DON RUY GOMEZ, DOÑA SOL, DON CARLOS, séquito

*(Avanza don Carlos a paso lento, con la mano izquierda en el pomo de su espada y la derecha en el pecho, mirando al duque con expresión de desconfianza y cólera. Don Ruy sale a recibir al Rey y lo saluda con extremada zalema. Pausa.)*

DON CARLOS.—¿A qué se debe, amado primo, que esté hoy tan bien cerrada la puerta de tu castillo? ¡Por Santiago! Yo suponía más enmohecida tu espada. No sabía que estuviera tan ganosa de relucir en tu mano, cuando venimos a verte. *(Va a hablar el duque y él prosigue con imperio.)* Es empeñarse algo tarde en echárselas de mozo. ¿Hay acaso moros en campaña? ¿Acaso me llaman Boabdil o Mahoma y no Carlos de Austria? Contesta ya.

DON RUY.—Señor...

DON CARLOS *(a sus caballeros)*.—Tomad vosotros las llaves y apoderaos de las puertas. *(Salen dos caballeros; otros disponen en*

*triple fila a los soldados desde el Rey hasta la puerta. Don Carlos se encara con el duque.)* ¡Ah! Vosotros despertáis las rebeliones muertas. ¡Pardiez! Señores duques, si pretendéis hombrear con el Rey, tened por seguro que el Rey sabrá ser lo que es: vuestro amo y señor. Y a las crestas más altas de los montes donde tenéis vuestros nidos, iré en persona a destruir con mis propias manos vuestros altivos señoríos.

DON RUY *(irguiéndose).*—Los Silvas fueron siempre leales, y...

DON CARLOS *(interrumpiéndole).*—Sin rodeos, duque, contéstame, o mando arrasar tus once torres. Del incendio apagado, queda una chispa aún; de los rebeldes muertos en la refriega, quedó ileso el caudillo, que se puso a buen recaudo. ¿Quién lo encubre? ¡Tú! ¡tú oculta aquí en tu castillo a Hernani, a cuya cabeza he puesto precio por sus crímenes!

DON RUY.—Es verdad.

DON CARLOS.—Muy bien. Quiero su cabeza... o la tuya. ¿Oyes?

DON RUY *(inclinándose).*—Seréis satisfecho. *(Doña Sol se deja caer en un sillón, con la cara entre las manos.)*

DON CARLOS.—En buen hora. Ve a traer a mi prisionero. *(El duque cruza los brazos, baja la cabeza y permanece un momento pensativo. El Rey y doña Sol esperan en silencio, agitados por distintas emociones. Por fin levanta la cabeza el anciano, toma de la mano al Rey y lo lleva lentamente ante el primer retrato, a la derecha del espectador.)*

DON RUY *(indicándole el retrato).*—Este es el mayor de los Silvas, el abuelo, el grande hombre; Silvio, el que fué tres veces cónsul de Roma. *(Pasando al segundo.)* Don Galcerán de Silva, otro Cid, cuyos sagrados restos se guardan en Toro, en dorado féretro alumbrado por mil cirios. El libró a León del tributo de las cien doncellas. *(Al tercero.)* Don Blas de Silva, que por sí mismo se desterró, viendo mal aconsejado a su rey. *(Al cuarto.)* Cristóbal. En el combate de Escalona, el Rey don Sancho huía a pie y a su blanco penacho se asestaban todos los golpes. «¡Cristóbal!», gritó el Rey, llamándolo en su ayuda. Cristóbal tomó la blanca pluma y le dió su caballo. *(Al cuarto.)* Don Jorge, el que pagó el rescate de Ramiro, rey de Aragón.

DON CARLOS *(cruzando los brazos y mirando al duque de pies a cabeza).*—¡Pardiez! Ruy Gómez de Silva, os admiro. Continuad.

DON RUY *(pasando al quinto).*—Ved a Ruy Gómez de Silva, gran maestre de Santiago y de Calatrava. Su armadura, sólo vendría bien a un cuerpo de gigante. Tomó trescientas banderas, ganó treinta batallas, reconquistó para el Rey a Motril, Antequera, Suez, Nijar... y murió pobre. Saludadle, señor. *(Se inclina y descubre y pasa al sexto, haciéndose visible la impaciencia y cólera del Rey.)* A su lado, don Gil de Silva, su hijo, espejo de lealtad: su mano, para un juramento, valía lo que la del Rey. *(Al séptimo.)* Don Gaspar de Mendoza y de Silva, honor de su progenie. Todas las casas nobles tienen algo que ver con la de Silva. Sandoval sucesivamente nos teme y nos ensalza; Manrique nos envidia; Lara nos respeta; Alencastro nos odia. Tocamos a la vez con el pie a todos los duques y con la frente a todos los reyes.

DON CARLOS.—¡Pardiez!

DON RUY.—Este es don Vasco, llamado el Sabio. Este, don Jaime el Tuerto, que atajó un día él solo a Zanut y otros cien moros. *(A un gesto de impaciencia del Rey pasa de largo y va a los tres*

*últimos retratos de la izquierda.)* He aquí a mi noble abuelo. Vivió sesenta años guardando la fe jurada aun a los judíos. *(Al penúltimo.)* Este anciano de sagrada cabeza es mi padre. Fué grande aunque fué el último que vino. Los moros de Granada habíanse apoderado del conde Alvar Girón, su amigo; pero mi padre tomó para ir a rescatarlo seiscientos hombres de guerra; hizo labrar en piedra un conde Alvar Girón, que llevó consigo y juró por su santo patrono que no desistiría de su empeño hasta que el conde de piedra volviera de suyo la cabeza. Combatió, y luego fué al conde y le salvó.

DON CARLOS.—Muy bien... Venga mi prisionero.

DON RUY.—«Era un Gómez de Silva.» Esto dicen cuando en esta mansión ven tantos héroes.

DON CARLOS.—¡Mi prisionero, sin más tardanza! *(El duque se inclina ante el Rey y lo lleva de la mano al último retrato, que sirve de puerta al escondrijo de Hernani, Sol le sigue ansiosa con la vista.)*

DON RUY.—Este retrato es el mío. ¡Gracias, Rey de Castilla!, pues queréis que digan al verlo aquí: «Este último, hijo de una raza nobilísima, fué un traidor a su fe, pues vendió la cabeza de su huésped.» *(Alegría de Sol. Movimiento de estupor en los circunstantes. Desconcertado el Rey se aparta con cólera, permaneciendo en silencio buen espacio.)*

DON CARLOS.—Duque, tu castillo me estorba y voy a derribarlo.

DON RUY.—¿Porque me vengaría quizás?

DON CARLOS.—Arrasaré tus torres por tamaña audacia, y cáñamo he de sembrar en tus solares.

DON RUY.—Señor, más vale ver el cáñamo en el solar de mis torres que una mancha en el blasón de los Silvas. ¡Sombras de mis mayores! *(A los retratos)*, ¿no es cierto?

DON CARLOS.—En conclusión, duque, esa cabeza es nuestra y tú me has prometido...

DON RUY.—Yo he prometido la una o la otra. *(A los retratos.)* ¿No es verdad? Os doy esta. *(La suya.)* Tomadla, pues.

DON CARLOS.—Muy bien, duque. Pero pierdo en el cambio. La cabeza que necesito es la de un joven: una vez muerta, hay que cogerla de los cabellos, y en vano lo intentaría el verdugo con la tuya, que no tiene un puñado por donde asirla.

DON RUY.—No me afrentéis, señor. Mi cabeza bien vale todavía la de un rebelde. ¿No es de vuestro real agrado la cabeza de un Silva?

DON CARLOS.—Entréganos a Hernani.

DON RUY.—Señor, he dicho cuanto tenía que decir.

DON CARLOS *(a los suyos)*.—Registrad todo el castillo sin que os quede por ver torre, rincón ni agujero.

DON RUY.—Mi castillo es tan leal como yo: sólo él sabe mi secreto y los dos lo guardaremos bien.

DON CARLOS.—¡Mira que soy el rey!

DON RUY.—Como de mi castillo, demolido piedra a piedra, no se haga mi sepulcro, no encontraréis lo que buscáis.

DON CARLOS.—Ruegos, amenazas, todo es inútil. Duque, entrégame el bandido, o cabeza y castillo, todo lo derribaré.

DON RUY.—A lo dicho me atengo.

DON CARLOS.—Pues bien; en lugar de una, dos cabezas tendré. *(Al duque de Alcalá.)* ¡Hola! Prended al duque.

DOÑA SOL *(arrancándose el velo e interponiéndose).*—Don Carlos de Austria, sois un mal rey.

DON CARLOS *(turbado).*—¡Gran Dios! ¿Qué veo?

DOÑA SOL.—¡No tenéis corazón, o no es el corazón de un español!

DON CARLOS.—Señora, sois muy severa con el rey. *(Acercándose. Bajo.)* Vos sois la causa de mi cólera. Un hombre se vuelve ángel o demonio al llegar a vos. ¡Ah! ¡cuán pronto se malea el aborrecido! ¡Oh! Si hubierais querido, acaso habría sido yo, que era grande, el león de Castilla: ¡con vuestro enojo me hicisteis un tigre! ¿No lo oís rugir? *(Sol le echa una mirada y él se inclina.)* Sin embargo, señora, obedeceré. *(Volviéndose al duque.)* Mucho te estimo, primo Silva. Al cabo, al cabo, tus escrúpulos pueden parecer legítimos. Sé fiel a tu huésped, infiel a tu rey. En buen hora. Te perdono y soy mejor que tú; pero me llevo en rehenes a tu sobrina.

DON RUY.—¿Qué decís?

DOÑA SOL *(indecisa).*—¿A mí, señor?

DON CARLOS.—Sí, a vos.

DON RUY.—¿Nada más? ¡Oh clemencia! ¡Oh, generoso vencedor, que perdona la cabeza y tortura el corazón!

DON CARLOS.—Elige: tu sobrina o el rebelde. Necesito uno de los dos.

DON RUY.—¡Oh! Sois el dueño. *(El Rey se acerca a Sol para llevársela, y la joven se ampara de su tío.)*

DOÑA SOL.—¡Salvadme, señor! *(Deteniéndose. Aparte.)* ¡Desdichada de mí!

DON CARLOS.—Forzoso es. O la cabeza de vuestro tío o la de Hernani.

DOÑA SOL.—Antes la mía. *(Al Rey.)* Os seguiré.

DON CARLOS *(aparte).*—¡Pardiez! ¡Gran idea! Al fin tienes que ablandarte, hija mía. *(Sol va con paso firme al cofrecito de las joyas y toma el puñal, que esconde en su seno. Don Carlos se le acerca y le ofrece la mano.)*

DON CARLOS.—¿Qué tomáis?

DOÑA SOL.—Nada, señor.

DON CARLOS.—¿Alguna joya?

DOÑA SOL.—Sí.

DON CARLOS.—Veamos.

DOÑA SOL.—Ya la veréis después. *(Le da la mano y se dispone a seguirle. Don Ruy, que estaba inmóvil y como asombrado, da algunos pasos, gritando:)*

DON RUY.—¡Sol! ¡Sobrina! ¡Esposa mía! ¡Ira de Dios! ¡Pues que el hombre no tiene entrañas aquí, derrumbaos en mi ayuda, piedras de mis murallas! *(Corre tras del Rey.)* ¡Dejadme a mi sobrina! ¡a mi esposa! ¡a mi hija! ¡No tengo más que a ella!

DON CARLOS *(soltando la mano de Sol).*—Entonces, entregadme el prisionero. *(El duque baja la cabeza y parece que sostiene una lucha dolorosa. Yérguese al fin y mira a los retratos, juntando las manos en actitud de súplica.)*

DON RUY.—¡Tened vosotros todos piedad de mí! *(Da un paso hacia el escondrijo.)* ¡Oh! ¡velaos; vuestra mirada me detiene! *(Avanza vacilante hasta su retrato y después se vuelve al rey.)* ¿Así lo queréis?

DON CARLOS.—Sí. *(El duque, temblando, lleva la mano al resorte).*

DOÑA SOL *(aparte).*—¡Dios mío!

DON RUY.—¡No! *(Echándose a los pies del rey.)* ¡Por piedad, señor, tomad mi cabeza!

DON CARLOS.—Tu sobrina.

DON RUY.—Llévatela y déjame el honor.

DON CARLOS *(tomando la mano de Sol).*—Adiós, duque.

DON RUY.—Adiós. *(Sigue al rey con la vista y luego crispa la diestra sobre su puñal.)* ¡Dios... Dios te guarde, señor! *(Vuelve al proscenio y queda inmóvil, jadeante, sin ver ni oir. Entretanto sale con el rey su séquito, hablando entre sí de dos en dos.)* ¡Oh, Rey! Mientras tú abandonas gozoso mi noble casa, sale de mi afligido corazón mi vieja lealtad. *(Alza los ojos y mira en torno de sí. Viendo que está solo, corre a una panoplia, descuelga dos espadas, las mide y las deja sobre una mesa. Hecho esto, va a la puerta del retrato y la abre.)*

## ESCENA VII

### RUY GOMEZ, HERNANI

DON RUY.—Sal. *(Sale Hernani, a quien indica el duque las dos espadas.)* Elige. El rey está fuera del castillo. Ajustemos, pues, la cuenta pendiente. Elige, y despachemos pronto. ¡Vamos! ¿Tiembla tu mano?

HERNANI.—¡Un duelo! No, no podemos batirnos.

DON RUY.—¿Por qué? ¿Tienes miedo? ¿No eres noble? Noble o no, para cruzar las espadas, el hombre que me ultraja es harto caballero.

HERNANI.—Anciano...

DON RUY.—Ven a matarme o a morir, joven.

HERNANI.—A morir, sí. Me habéis salvado a pesar mío, y os pertenece mi vida; tomadla, pues.

DON RUY.—¿Tú lo quieres? *(A los retratos.)* Ya veis que él lo quiere. *(A Hernani.)* Está bien. Ponte bien con tu conciencia y dirige a Dios tus ruegos.

HERNANI.—A vos, señor, dirijo el último.

DON RUY.—Habla al otro Señor.

HERNANI.—No, no; a vos. Anciano, matadme: daga, espada o puñal, todo es bueno para mí. Mas, por piedad, dignaos concederme una gracia suprema. Señor duque antes, de morir permitidme que la vea.

DON RUY.—¡Verla!

HERNANI.—A lo menos permitidme que la oiga por la última vez.

DON RUY.—¡Oirla!.

HERNANI.—¡Oh! Comprendo, señor, vuestros celos; mas, ya en manos de la muerte, ¿qué podéis temer de mí? ¿Queréis que la oiga, aunque no la vea siquiera? Y luego moriré. ¡Oh! ¡Con cuánta dulzura exhalaría el último suspiro de mi vida, si antes de volar al cielo pudiera ver mi alma la suya en sus ojos! No le diré nada; vos estaréis presente y luego me mataréis.

DON RUY *(indicando el escondrijo aun abierto).*—¡Santo Dios! ¿tan profundo es ese albergue, tan sordo y tan perdido que no hayáis oído nada?

HERNANI.—Nada he oído.

DON RUY.—Ha sido necesario entregar a doña Sol o a ti.

HERNANI.—¿A quién?

DON RUY.—Al rey.

HERNANI.—¡Estúpido viejo! ¡El rey la ama!
DON RUY.—¿La ama?
HERNANI.—¡Es nuestro rival y nos la ha robado!
DON RUY.—¡Maldición! ¡A mí, mis vasallos! ¡A caballo! ¡Persigamos al raptor!
HERNANI.—Escuchad; la venganza a pie firme hace menos ruido en el camino. Yo os pertenezco y podéis matarme. Pero, antes, ¿queréis emplearme en vengar a vuestra sobrina? Voy a la parte en la venganza y os juro que he de ayudaros... ¡Oh! ¡Concededme esta gracia, que os pediré de rodillas si es menester! Sigamos al Rey los dos. Vamos; yo seré vuestro brazo; yo os vengaré, señor duque. Después me mataréis a mí.
DON RUY.—¿Y entonces como ahora me estarás sumiso?
HERNANI.—¡Os lo juro!
DON RUY.—¿Por quién?
HERNANI.—¡Por la memoria de mi padre!
DON RUY.—¿Te acordarás de esto un día de tu propia voluntad?
HERNANI *(presentándole una bocina que se quita del cinto)*.—Guardad esta bocina. Suceda lo que quiera, siempre que a bien lo tengáis, en cualquier lugar, y a cualquier hora, si creéis que es llegada la de mi muerte, no tenéis más que tocar el cuerno y yo mismo acudiré a entregarme a vos.
DON RUY.—¡La mano! *(Se la estrecha.)* Todos vosotros sois testigos. *(A los retratos de sus mayores).*

---

## ACTO IV

### EL SEPULCRO

*El subterráneo que encierra el sepulcro de Carlomagno, en Aquisgrán. Grandes bóvedas de arquitectura lombarda; gruesos pilares bajos, arcos, capiteles con relieves de pájaros y flores. A la derecha el sepulcro de Carlomagno, con una puertecita de bronce baja y cimbrada. Una sola lámpara, suspendida de una clave, alumbra la inscripción:* CAROLUS MAGNUS. *Es de noche.*

### ESCENA I

DON CARLOS, DON RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma, con una linterna en la mano

DON RICARDO *(sombrero en mano)*.—Aquí es.
DON CARLOS.—¡Aquí se reúne la Liga! Voy a tenerlos a todos juntos en mi mano. ¡Ah! Señor elector de Tréveris, aquí es. Le ofrecisteis este lugar y... ciertamente está bien elegido. Negra maquinación prospera a la sombra de las catacumbas. Bueno es aguzar los puñales en la piedra de los sepulcros. Mas este es juego muy arriesgado; va en ello la cabeza, señores asesinos. En fin, ya veremos. Desde luego hicieron bien en elegir un sepulcro para tal empresa: Así tendrán que andar menos, si pierden. *(A Rojas.)* ¿Se extienden mucho estos subterráneos?
DON RICARDO.—Hasta la fortaleza.
DON CARLOS.—Más de lo que se necesita.

DON RICARDO.—Otros por este lado corren hasta el monasterio de Altenheim.

DON CARLOS.—Donde Rodolfo exterminió a Lotario. Repíteme, conde, repíteme nombres y agravios; dónde, cómo y por qué.

DON RICARDO.—Gotha...

DON CARLOS.—Sé por qué el buen duque conspira: quiere un alemán de Alemania en el imperio.

DON RICARDO.—Hohemburgo...

DON CARLOS.—Ese, según entiendo, preferiría el infierno con Francisco al cielo conmigo.

DON RICARDO.—Don Gil Téllez Girón...

DON CARLOS.—¡Vive Dios! El infame conspira contra su rey.

DON RICARDO.—Dicen que os encontró una noche en su casa, cuando lo hicisteis barón, y ansía vengar el honor de su esposa.

DON CARLOS.—Entonces que se rebele contra España entera.

DON RICARDO.—El reverendo Vázquez, obispo de Avila.

DON CARLOS.—¿Asimismo para vengar la virtud de su mujer?

DON RICARDO.—Después Guzmán de Lara, descontento, porque quiere el collar de vuestra orden.

DON CARLOS.—¡Oh! Si sólo se trata de un collar... ¡lo tendrá!

DON RICARDO.—El duque de Lutzelburgo.

DON CARLOS.—¡Gran cabeza!

DON RICARDO.—Juan de Haro, que quiere a Astorga.

DON CARLOS.—Esos Haros siempre dieron mucho que hacer al verdugo.

DON RICARDO.—No hay más.

DON CARLOS.—No están todos, conde. Sólo has citado siete y son más, según mi cuenta.

DON RICARDO.—No miento a algunos bandidos pagados por Tréveris y Francia.

DON CARLOS.—Hombres sin escrúpulos, cuyo puñal se inclina siemal oro, como la aguja al polo.

DON RICARDO.—Sin embargo, entre ellos vi a dos audaces compañeros, recién llegados, un mozo y un viejo...

DON CARLOS.—¡Sus nombres, su edad!...

DON RICARDO.—Ignoro sus nombres; en cuanto a la edad, el uno tendrá unos veinte años...

DON CARLOS.—¡Qué lástima!

DON RICARDO.—Y el otro sesenta a lo menos.

DON CARLOS.—El uno no tiene aun edad para conspirador, y el otro no la tiene ya. Peor para los dos. Cuidaré de ellos. El verdugo puede contar con mi ayuda, en caso de necesidad. ¡Oh! Si su hacha se embota contra los traidores, yo le prestaré mi espada, enemiga de las facciones. Si se me fuerza, he de coser al paño del cadalso mi púrpura imperial. Pero, ¿seré emperador?

DON RICARDO.—El colegio, reunido ya, delibera a estas horas.

DON CARLOS.—¡Qué sé yo! Nombrarán a Francisco primero o al sajón Federico el Sabio. Lutero tiene razón; todo va mal. ¡Buenos fautores de majestades, que no aceptan sino razones doradas! Un sajón hereje, un conde Palatino imbécil, un primado de Tréveris, libertino. En cuanto al rey de Bohemia, ese está por mí. Príncipes de Hesse, más pequeños aun que sus Estados, mozos idiotas, viejo libertinos. ¡Coronas! Pero, cabezas... ¡que vayan por ellas! Enanos, que podría yo, ¡ridículo concilio!, llevar como Hércules en mi piel de león. Me faltan tres votos, conde, ¡todo me falta! Por esos tres votos daría yo a Gante, Toledo y

Salamanca, tres ciudades a su elección, conde; tres de mis mejores ciudades de Castilla o de Flandes... para recobrarlas después, por supuesto. Ya lo oyes. *(Don Ricardo se inclina profundamente y se pone el sombrero.)* ¿Os cubrís?

DON RICARDO.—Señor, me habéis tuteado y soy ya grande de España.

DON CARLOS *(aparte)*.—Le compadezco. ¡Ambicioso de nada! ¡Qué interesada amistad! ¡Cómo al través del nuestro siguen sus pensamientos! ¡Viles y famélicos mendigos de la corte, a quienes el rey echa a migajas la grandeza. Sólo Dios y el emperador son grandes..., así como el Padre Santo. Los demás reyes y duques...

DON RICARDO.—Yo espero que proclamen a Vuestra Alteza.

DON CARLOS *(aparte)*.—¡Alteza! ¡Alteza a mí! Tengo desgracia en todo... ¡Si no pudiera pasar de rey!...

DON RICARDO *(aparte)*.—Sea o no emperador, yo soy ya grande de España.

DON CARLOS.—Después que hayan elegido el emperador de Alemania, ¿qué señal anunciará su nombre a la ciudad?

DON RICARDO.—Un cañonazo, si es el duque de Sajonia; dos, si es el rey Francisco; tres, si es el rey de España.

DON CARLOS.—¡Y esa doña Sol!... Todo me irrita y me ofende. Conde, si por casualidad soy yo el emperador, corre a traerla... Acaso quiera un César...

DON RICARDO *(sonriendo)*.—Vuestra Alteza es demasiado bueno, y...

DON RICARDO.—Dentro de una hora, a lo sumo.

DON CARLOS.—¡Oh! ¡tres votos! ¡nada más que tres votos! Pero aplastemos antes esa turba que conspira y veremos luego de quién será el imperio. Ese Cornelio Agripa, sin embargo, alcanza mucho con la vista. En el celeste océano ha visto trece estrellas venir del Norte hacia la mía. ¡Bah! También dicen que el abad Juan Tritemo le ha prometido el imperio al rey Francisco. Para asegurar más mi suerte, debí ayudar yo la predicción con algunos armamentos. Las predicciones del brujo más listo vienen siempre a mejor término cuando un buen ejército con cañones y picas, peones y caballos, se presta a mostrar el camino a la fortuna. ¿Quién vale más, Cornelio Agripa o Juan Tritemo? Sin duda aquel cuyo sistema apoya un buen ejército, y pone la punta de una lanza al cabo de lo que dice, y el tajo de una espada sobre toda dificultad, para cortar a gusto del profeta. ¡Pobres locos que alta la frente fijan la vista en el imperio del mundo y dicen: «¡Es mi derecho!» Muchos cañones tienen, cuyo abrasado aliento devoraría las ciudades; tienen barcos, ejércitos, caballos y parece que van a ir hasta el fin sobre los pueblos triturados... ¡Cá! En la gran encrucijada de la fortuna humana, que antes que al trono nos conduce al abismo, apenas dan un paso cuando, indecisos e inciertos, procurando en vano leer en el libro del destino, vacilan inseguros y en la duda preguntan por su camino al nigromante de la esquina. *(A don Ricardo.)* Vete. Es la hora en que han de venir los conjurados... ¡Ah! ¿La llave del sepulcro?

DON RICARDO *(entregándosela)*.—Señor, pensaréis en el conde de Limburgo, custodio capitular, que me la ha confiado y se ofrece a todo por complaceros.

DON CARLOS *(despidiéndole)*.—Haz cuanto te dije...; todo.

DON RICARDO *(inclinándose)*.—Sin demora, señor.

DON CARLOS.—Tres cañonazos, ¿eh?

DON RICARDO.—Tres. *(Se inclina y sale. Don Carlos, solo ya, se*

*abisma en meditación profunda. Luego levanta la cabeza y se vuelve hacia el sepulcro.)*

ESCENA II

DON CARLOS, solo

¡Carlomagno, perdona! Estas solitarias bóvedas sólo deberían repetir austeras palabras, y, sin duda, te indigna el rumor que causan nuestras ambiciones en tu sagrada mansión... ¡Aquí está Carlomagno! ¿Cómo, oscuro sepulcro, cómo puedes contenerlo sin estallar? Gigante de un mundo creador, ¿estás ahí bien hallado? ¿Puede permanecer ahí tendida toda tu grandeza? ¡Ah! ¡Magnífico espectáculo, la Europa así forjada por su mano y cual él la dejó! Un edificio con dos hombres en la cúspide; dos jefes elegidos, a lo cuales todo rey legítimo se somete. Casi todos los Estados, ducados, feudos militares, reinos, marquesados, son hereditarios; mas el pueblo suele tener su papa y su césar; todo marcha y el azar corrige el azar. De aquí proviene el equilibrio y siempre el orden se impone. Electores revestidos de tisú de oro, cardenales envueltos en mantos escarlata, doble sacro senado que conmueve la tierra, no son sino ostentación, y Dios quiere lo que quiere. Surge una idea, según las necesidades de los tiempos, brilla una luz, y se agranda, va, corre, se mezcla en todo, se hace hombre, posee los corazones, abre surco... Muchos reyes la pisotean o amordazan; pero entra un día en la dieta, en el cónclave, y todos ven surgir de súbito sobre sus cabezas la idea esclava, con el globo en la mano y la tiara en la frente. El papa y el emperador lo son todo. Nada existe en la tierra sino por ellos y para ellos. En ellos alienta un misterio supremo; y el cielo cuyos derechos asumen, les da un gran banquete de pueblos y de reyes, y bajo sus nubes, donde brama el trueno, los tiene a ellos solos sentados a la mesa, en que Dios les sirve el mundo. Frente a frente están allí arreglando, recortando, ordenado el universo y todo se hace entre los dos. Los reyes están a la puerta respirando el vapor de los manjares y empinándose para ver por las vidrieras. Por debajo se agrupa y escalona el mundo. Ellos hacen y deshacen: el uno desata, el otro corta; el uno es la verdad, el otro la fuerza. Llevan su razón en sí mismos, y son porque son. Cuando salen del santuario, iguales ambos, el uno con su púrpura y el otro con sus blancas vestiduras, el universo contempla deslumbrado y con asombro esas dos mitades de Dios que se llaman el papa y el emperador... ¡El emperador!... ¡Ser emperador! ¡Oh rabia! ¡No serlo! ¡No serlo y sentir lleno de alientos el corazón! ¡Qué dichoso fué el que duerme en este sepulcro! Y, ¡qué grande! En sus tiempos aun era esto mejor. El papa y el emperador no eran ya dos hombres: eran Pedro y César uniendo las dos Romas, fecundando una y otra en místico himeneo, dando nueva forma, nueva alma al género humano, fundiendo pueblos y reinos para hacer una Europa nueva, y ambos poniendo en el molde por sí mismos el bronce que quedaba del viejo mundo romano. ¡Oh! ¡qué destino! ¡Y este sepulcro es el suyo! ¿Tan poco es todo, que venga a parar en esto? ¡Cómo! ¡Haber sido príncipe, rey, emperador; haber sido la espada; haber sido la ley; como gigante, tener por pedestal Alemania, por título César, por nombre Carlomagno; haber sido más grande que Aníbal, más

que Atila, tan grande como el mundo... y que todo pare aquí! ¡Ah! ¡Pretender el imperio para ver luego el polvo que levanta un emperador; llenar la tierra de tumulto y ruido; construir edificar sin decir nunca: *¡Basta!:* hacer un edificio inmenso, y luego... ¡qué! todo se reduce a esta piedra; y del título y la fama quedan algunas letras para que deletreen los niños; y por alto que sea el fin a que aspire el orgullo, todo para en esto! ¡Oh, demencia! Sin embargo, ¡el imperio... el imperio...! Estoy tocándolo ya y es cosa de mi gusto. Algo me dice: «¡Lo tendrás! ¡lo tendrás!» ¡Lo tendré!... ¡Si lo tuviera!... ¡Oh, cielos! ¡Ser el origen de todo, solo, de pie, en lo más alto de esa inmensa espiral!... ¡La clave de una multitud de Estados escalonados unos sobre otros! ¡Y ver por debajo a los reyes, y por debajo de los reyes a los señores feudales, margraves, cardenales, duques; y luego a los obispos, abades y barones; y luego clérigos, soldados; y luego, lejos de la cima en que estamos, entre las sombras, en lo hondo del abismo los hombres; es decir, un mar de gente, de ruido, de llantos, de gritos, de amargas risas a veces; queja que, despertando la tierra, llega a nuestros oídos, al través de tantos ecos, como bulliciosa música! ¡Los hombres! ¡Ciudades torres, altos campanarios para tocar a rebato...! Base de naciones que lleva sobre sus hombros la pirámide enorme apoyada en los dos polos, oleadas vivas que siempre la balancean, mudan de sitio las cosas y sobre sus altas crestas mecen los tronos, de tal modo que los reyes, cesando momentáneamente en sus querellas, alzan los ojos al cielo... Reyes, mirad abajo... ¡Oh! ¡el pueblo! ¡Qué océano! ¡Onda sin cesar movida, donde no puede echarse nada sin que todo se remueva y que derriba un trono y mece una tumba: espejo en que rara vez se ve bien parecido un rey! ¡Ah! ¡qué de veces, al contemplar ese sombrío océano, se verían en su fondo grandes imperios, grandes bajeles náufragos, que su flujo y reflujo hace rodar, que lo molestaban y que ya no conoce! ¡Gobernar todo esto; subir a esta cúspide sintiéndose al cabo simple mortal; tener a los pies el abismo!... ¡Con tal que no me vaya a dar ahora un vértigo...! ¡Oh, móvil pirámide de Estados y de reyes! ¡Qué estrecha es tu puerta! ¡Ay del pie tímido! ¿En quién me apoyaré? ¡Si desfalleciera sintiendo estremecerse el mundo bajo mis plantas y moverse y palpitar la tierra! Después, cuando tenga en mis manos este globo, ¿qué haré de él? ¿Podré siquiera llevarlo? ¿Qué hay en mí? ¡Ser emperador, Dios mío, cuando es demasiado ser rey! ¡Ciertamente sólo el mortal de raza extraordinaria puede ensanchar el ánimo con la fortuna. ¡Pero, yo!... ¿Quién me hará grande? ¿Quién será mi guía, quién me aconsejará? *(Cae de rodillas ante el sepulcro.)* ¡Tú, Carlomagno, tú! Ya que Dios, para quien no hay obstáculos, toma nuestras dos majestades y las pone cara a cara, vierte en mi corazón desde tu sepulcro algo de grande y sublime. ¡Oh! hazme ver las cosas por todas sus fases; muéstrame que el mundo es pequeño, porque yo no me atrevo a tocar a él; muéstrame que sobre esa Babel que desde el pastor al César va subiendo hasta el cielo, cada cual en su clase se complace y admira, ve al otro por debajo y reprime la risa. Enséñame tus secretos de vencer y de regir y dime que más vale castigar que perdonar. ¿No es así? Si es verdad que en su tumba solitaria despierta a veces al ruido del mundo una gran sombra, y se entreabre el sepulcro y alumbra como con un relámpago la oscuridad del universo; si esto es cierto, empera-

dor de Alemania, dime, ¡oh! dime qué puede hacerse después de Carlomagno. ¡Habla, aunque al hablar tu aliento soberano rompa en mi frente esta puerta! ¡Oh! déjame entrar en tu santuario; déjame ver tu faz, incorporado sobre tu marmóreo lecho. Aunque con voz fatídica me digas cosas que hagan temblar, habla y no me ciegues, porque tu sepulcro está, sin duda, lleno de claridad. O, si no dices nada, deja que en tu paz profunda estudie Carlos de Austria tu cabeza como un mundo; deja, ¡oh, gigante!, que te mida a su sabor... Nada existe en la tierra comparable a tu no ser. Aconséjeme, si no su nombre, sus cenizas. Entremos. *(Va a abrir y retrocede.)* ¡Gran Dios! ¡Si me hablara al oído! ¡Si estuviera ahí de pie andando lentamente! ¡Si saliera yo encanecido! *(Ruido de pasos.)* Alguien llega. ¿Quién se atreve, como no sea yo, a turbar a estas horas la paz de tan augusto muerto? *(Se acerca el ruido.)* ¡Ah! Lo había olvidado: son mis asesinos. Entremos, pues. *(Abre la puerta del sepulcro, que vuelve a cerrar tras sí. Aparecen luego algunos encubiertos.)*

## ESCENA III

## LOS CONJURADOS

*(Se acercan unos a otros y se dan las manos, cambiando algunas palabras en voz baja.)*

PRIMER CONJURAOD *(con una antorcha en la mano).—Ad augusta.*
SEGUNDO CONJ.—*Per augusta.*
TERCER CONJ.—Los Santos nos protegen.
PRIMER CONJ.—Dios nos guarde. *(Ruido de pasos en la oscuridad.)*
SEGUNDO CONJ.—¿Quién vive?
UNA VOZ.—*Ad augusta.*
SEGUNDO CONJ.—*Per augusta. (Entran nuevos conjurados.)*
PRIMER CONJ. AL TERCERO.—Mira; aun vienen algunos.
TERCER CONJ.—¿Quién vive?
VOZ EN LA SOMBRA.—*Ad augusta.*
TERCER CONJ.—*Per augusta. (Entran nuevos conjurados, que saludan por señas a los demás.)*
PRIMER CONJ.—Muy bien. Todos estamos aquí; habla, Gotha. Amigos, la sombra espera la luz. *(Todos los conjurados se sientan en semicírculo en los sepulcros. El primer conjurado va de uno en otro y todos encienden en su antorcha sendos cirios. Después el primer conjurado va a sentarse en otro sepulcro más alto que todos, en el centro del círculo.)*
EL DUQUE DE GOTHA *(levantándose).*—Amigos, Carlos de España, extranjero por su madre, aspira al sacro imperio.
PRIMER CONJ.—¡Mal haya, amén!
GOTHA *(tirando al suelo su antorcha y pisándola).*—Hagan con su frente lo que yo con esta antorcha.
TODOS.—Así sea.
PRIMER CONJ.—¡Muera Carlos de España!
GOTHA.—¡Muera!
TODOS.—¡Muera!
DON JUAN DE HARO.—Su padre era alemán.
EL DUQUE DE LUTZELBURGO.—Su madre es española.
GOTHA.—Ni es español ni alemán. ¡Muera!

UN CONJURADO.—¿Y si los electores le nombraran emperador?
PRIMER CONJ.—¿A él? ¡Nunca!
DON GIL TELLEZ GIRON.—¿Qué importa? Matándole, queda anulado el nombramiento.
PRIMER CONJ.—Si obtiene el sacro imperio, viene a ser inviolable y sólo Dios lo puede tocar.
GOTHA.—Lo más seguro es que muera antes de ser emperador.
PRIMER CONJ.—No lo elegirán.
TODOS.—No obtendrá imperio.
PRIMER CONJ.—¿Cuántos brazos se necesitan para matarlo?
TODOS.—Uno solo.
PRIMER CONJ.—¿Cuántos golpes en el corazón?
TODOS.—Sólo uno.
PRIMER CONJ.—¿Quién ha de darlo?
TODOS JUNTOS.—¡Yo!
PRIMER CONJ.—La víctima es un traidor; ellos hacen un emperador; hagamos nosotros un gran sacerdote. Echemos suertes. *(Todos los conjurados escriben sus nombres en sendas hojas, que arrollan y depositan uno tras otro en la urna de un sepulcro.)*
PRIMER CONJ.—Oremos. *(Todos se arrodillan.)* Que el elegido crea en Dios, hiera como un romano, muera como un hebreo. Ha de arrostrar la rueda y las tenazas, cantar en el potro, reir en el fuego; ha de hacerlo todo, en fin, resignado a matar y morir. *(Saca de la urna uno de los pergaminos.)*
TODOS.—¿Qué nombre?
PRIMER CONJ.—Hernani.
HERNANI *(saliendo de entre los conjurados).*—He ganado. ¡Ya eres mío, tú a quien he perseguido tanto tiempo! ¡Venganza!
DON RUY GOMEZ *(aparte a Hernani).*—¡Oh! ¡Cédeme la suerte!
HERNANI.—No, por mi vida. ¡Oh! no me envidiéis mi buena fortuna: es la primera vez que me halaga.
DON RUY.—No.
EL DUQUE DE GOTHA.—Tu brazo no daría un golpe tan fuerte, anciano.
DON RUY.—¡Bah! Si el brazo me faltara, me sobraría alma. Por la herrumbre de la vaina no se ha de juzgar la hoja. *(A Hernani.)* Recuerda que me perteneces.
HERNANI.—Mi vida es vuestra; la suya es mía.
DON RUY.—Te daré la mano de ella y te devolveré la bocina.
HERNANI *(vacilando).*—¡Pardiez! ¡Doña Sol y la vida!... No, no; antes mi venganza. En esto voy de acuerdo con el mismo Dios. Tengo que vengar a mi padre... y acaso algo más.
DON RUY.—¡Ella y la vida!
HERNANI.—No.
DON RUY.—¡Reflexiónalo bien, insensato!
HERNANI.—Señor duque, dejadme mi presa.
DON RUY.—¡Malhaya tu tenacidad! *(Desviándose.)*
PRIMER CONJ. *(a Hernani).*—Hermano, antes que hayan podido elegirlo, bueno sería esperar a Carlos esta misma noche.
HERNANI.—No temas; sé muy bien cómo se despacha a un hombre y en cuidado me lo tengo.
PRIMER CONJ.—¡Que toda traición recaiga sobre el traidor y Dios te guarde! Nosotros, condes y barones, si el designado perece sin matar, continuaremos. Juremos todos herir a nuestra vez, sin excusa ninguna, a Carlos, condenado a muerte.
TODOS *(sacando las espadas).*—¡Juremos!

GOTHA *(al primer conjurado)*.—¿Por qué, hermano?

DON RUY.—Por esta cruz. *(Levantando su espada por la punta.)*

TODOS *(levantando sus espadas)*.—¡Que muera impenitente! *(Se oye un cañonazo lejano. Todos se detienen en silencio. Entreábrese la puerta del sepulcro y aparece don Carlos, pálido y prestando atento oído. Suena otro cañonazo y luego otro. Abre entonces de par en par la puerta del sepulcro; pero sin dar un paso, de pie e inmóvil en el dintel.)*

ESCENA VI

LOS CONJURADOS, DON CARLOS; luego DON RICARDO; Señores, Guardias, el REY DE BOHEMIA, el DUQUE DE BAVIERA, DOÑA SOL

DON CARLOS.—Señores, retiraos un poco. El emperador os oye. *(Todas las antorchas se apagan a la vez. Profundo silencio. Da un paso en las tinieblas, tan densas que apenas se distinguen los conjurados, inmóviles y mudos.)* ¡Silencio y sombras! El enjambre sale de ellas y a ellas vuelve. ¿Creéis que esto va a pasar como un sueño, y que en la oscuridad os he de tomar por hombres de piedra sentados en sus sepulcros? Hace poco hablabais bastante alto, estatuas. Ea, levantad las abatidas frentes, porque aquí está Carlos V. Heridme, dad un paso... Vamos, ¿os atreveríais? ¡No, no os atrevéis! Vuestras antorchas llameaban sanguinarias bajo estas bóvedas y ha bastado mi aliento para apagarlas todas. Pero, ved: si yo apago muchas, enciendo aun más. *(Da con la llave en la puerta de bronce del sepulcro, y a esta señal todas las profundidades del subterráneo se pueblan de soldados con antorchas y partesanas. A su frente el duque de Alcalá, el marqués de Almunan, etc.)* ¡Acudid, halcones míos! He descubierto el nido; tengo la presa. *(A los conjurados.)* También yo alumbro: el sepulcro llamea. ¡Ved! *(A los soldados.)* Venid todos, que el crimen es flagrante.

HERNANI *(mirando a los soldados)*.—Enhorabuena. Solo, me parecía muy grande: creí que era Carlomagno y no es más que Carlos V.

DON CARLOS *(al duque de Alcalá)*.—Condestable de Castilla. *(Al marqués de Almunan.)* Almirante, aquí, Desarmadlos. *(Rodean a los conjurados y los desarman.)*

DON RICARDO.—Augusto Emperador... *(Inclinándose hasta tierra.)*

DON CARLOS.—Te nombro alcalde de palacio.

DON RICARDO.—Dos electores, en nombre de la cámara dorada, vienen a cumplimentar a la sacra Majestad.

DON CARLOS.—Que entren. *(Bajo.)* ¡Doña Sol! *(Don Ricardo saluda y sale. Entran con antorchas y músicas el rey de Bohemia y el duque de Baviera, ceñida la corona. Numeroso cortejo de señores alemanes con la bandera del imperio, el águila bicéfala, con el escudo de España en medio. Los soldados forman calle y dan paso a los dos electores hasta el emperador, a quien saludan profundamente.)*

EL DUQUE DE BAVIERA.—Carlos, rey de los romanos, Majestad sacratísima, Emperador, el mundo está ahora en vuestras manos, porque tenéis el imperio. Vuestro es ese trono a que todo monarca aspira. Federico, duque de Sajonia, fué primero el elegido; pero juzgándoos más digno, no ha querido aceptarlo. Venid, pues, a

recibir la corona y el globo. El sacro imperio os reviste de la púrpura, os ciñe la espada y os hace Máximo.

DON CARLOS.—Iré a mi regreso a dar las gracias al colegio. Gracias, hermano de Bohemia; primo de Baviera, adiós.

EL REY DE BOHEMIA.—Carlos, nuestros abuelos se llamaban amigos, nuestros padres lo eran igualmente; Carlos, ¿quieres que seamos hermanos? Te he visto pequeñuelo, y no puedo olvidar...

DON CARLOS *(interrumiéndole)*.—Rey de Bohemia, vos sois familiar nuestro. *(Les da la mano a besar y los despide.)* Adiós. *(Salen los dos electores con su cortejo.)*

LA MULTITUD.—¡Viva!

DON CARLOS *(aparte)*.—Estoy en ello. Todo me abre paso. ¡Emperador!... ¡por renuncia de Federico el Sabio! *(Sale doña Sol.)*

DOÑA SOL.—¡Soldados! ¡El Emperador! ¡Dios mío! ¡Qué golpe tan imprevisto! ¡Hernani!

HERNANI.—¡Doña Sol!

DON RUY *(al lado de Hernani. Aparte)*.—No me ha visto Sol. *(Doña Sol corre a Hernani y retrocede ante su mirada.)*

HERNANI.—Señora...

DOÑA SOL *(sacándose del seno el puñal)*.—Aun guardo su puñal.

HERNANI *(tendiéndole los brazos)*.—¡Amada mía!

DON CARLOS.—¡Silencio! *(A los conjurados.)* ¿Estáis ya más adelantados? Conviene que dé una lección al mundo. Lara, Gotha, todos vosotros, ¿qué hacíais aquí? Hablad.

HERNANI *(dando un paso)*.—Señor, es muy sencillo y puede decirse en alta voz. Grabábamos en la pared la sentencia de Baltasar. *(Alzando el puñal.)* Dábamos al César lo que es del César.

DON CARLOS.—Enhorabuena. ¿Y vos, traidor Silva?

DON RUY.—¿Quién de nosotros dos?

HERNANI *(a los conjurados)*.—Nuestras cabezas y el imperio. Tiene lo que desea. *(Al emperador.)* El manto azul de los reyes podía embarazar vuestros pasos. La púrpura os conviene más: en ella no se ve la sangre.

DON CARLOS *(a Ruy Gómez)*.—Primo Silva, has cometido una felonía que bien merece borrar del blasón tus títulos. Eres reo de alta traición, Ruy, bien lo reconocerás.

DON RUY.—El rey Rodrigo hizo al conde don Julián.

DON CARLOS *(al duque de Alcalá)*.—No prendáis sino a los títulos: los demás... *(Don Ruy Gómez, el duque de Lutzelburgo, el de Gotha, don Juan de Haro, don Guzmán de Lara, Téllez Girón y el barón de Hohemburgo se separan del grupo de los conjurados, entre los que queda Hernani. El duque de Alcalá los cerca estrechamente de guardias.)*

DOÑA SOL.—¡Se ha salvado!

HERNANI *(saliendo del grupo)*.—¡Quiero que se me cuente entre ellos! *(A don Carlos.)* Pues que se trata aquí de subir al cadalso, y Hernani, como oscuro pastor, quedaría impune; pues que su frente no está al nivel de tu cuchilla, pues que es necesario ser grande para morir me levanto. Dios, que da los cetros, me hizo a mí duque de Segorbe, y duque de Cardona, y marqués de Monroy, y conde de Albatera, y vizconde de Gor, y señor de lugares cuyo número no recuerdo ahora. Soy Juan de Aragón, gran maestre de Aviz, nacido en el destierro, hijo proscripto de un padre asesinado por sentencia del tuyo, rey de Castilla. El asesinato es asunto de familia entre nosotros: vosotros usáis el cadalso, nosotros el puñal. El cielo me hizo duque y el destino montañés.

Pero una vez que sin fruto afilé mi hierro en las peñas de los torrentes, ¡cubrámonos, grandes de España! *(Se cubre y lo imitan todos los españoles.)* Sí, nuestras cabezas, ¡oh, rey!, tienen el derecho de caer cubiertas delante de tí. ¡Silva! ¡Haro! ¡Lara! ¡Señores de título y de raza! ¡pido mi lugar entre vosotros! *(A los cortesanos y a los guardias.)* ¡Criados y verdugos, paso a don Juan de Aragón! *(Se mete en el grupo de los señores presos.)*

DOÑA SOL.—¡Dios mío!

DON CARLOS.—En efecto, había olvidado esa historia.

HERNANI.—La afrenta que el ofensor olvida insensato, vive y se revuelve siempre en el corazón del ofendido.

DON CARLOS.—¡Con que yo soy hijo de padres que decapitaron a los vuestros! Este título basta.

DOÑA SOL *(arrodillándose a sus pies).*—¡Piedad, señor! ¡Sed clemente con él, o heridnos a los dos, porque es mi amante, es mi esposo, y sólo por él y para él vivo. ¡Piedad, señor! ¡Os lo ruego de rodillas a vuestras sagradas plantas! ¡Le amo y es mío, como el imperio es vuestro! ¡Oh! ¡perdón! *(Don Carlos la mira inmóvil.)* ¿Qué idea siniestra os absorbe?

DON CARLOS.—Ea, levantaos, duquesa de Segorbe, condesa de Albatera, marquesa de Monroy... ¿Tus otros títulos, don Juan?

HERNANI *(con delirio).*—¿Habla así el rey?

DON CARLOS.—No; el emperador.

DOÑA SOL *(levantándose).*—¡Gran Dios!

DON CARLOS *(a Hernani).*—Duque, he aquí tu esposa.

HERNANI *(recibiéndola en sus brazos).*—¡Dios justo!

DON CARLOS *(a Ruy Gómez).*—Primo Silva, tu nobleza es celosa, bien lo sé; pero un Aragón bien vale lo que un Silva.

DON RUY.—¡Ah! no es mi nobleza la celosa.

HERNANI.—¡Oh! Mi odio se extingue. *(Tira el puñal.)*

DON RUY *(mirándolos abrazados. Aparte).*—¡Qué hacer! ¡Oh, amor loco! ¡insufrible dolor! Les darías lástima. Anciano, arde sin llama, ama y sufre en secreto, o se reirían de ti.

DOÑA SOL.—¡Duque, duque mío!

HERNANI.—Ya no tengo más que amor en el alma.

DOÑA SOL.—¡Oh dicha!

DON CARLOS *(con la mano en el pecho. Aparte).*—¡Extínguete, corazón ardiente y juvenil! Deja reinar al espíritu que siempre turbaste. De hoy más, tus amores serán Alemania, España, Flandes. *(Mirando una bandera imperial.)* El emperador es como el águila, su compañera: en el sitio del corazón sólo tiene un escudo.

HERNANI.—¡Ah! ¡Sois César!

DON CARLOS.—Don Juan, tu corazón es digno de tu noble casa. *(Indicando a doña Sol.)* Eres también digno de ella. De rodillas, duque. *(Hernani se arrodilla. Don Carlos se quita el Toisón y se lo pone a él.)* Recibe este collar. Sé fiel. Por San Esteban, duque, te hago caballero de esta orden. *(Lo levanta y abraza.)* Pero tú tienes el más bello y precioso collar... el que yo no tengo, el que falta al poder: los brazos de una mujer amada y amante. Vas a ser muy dichoso. Yo... yo soy emperador. *(A los conjurados.)* Ignoro vuestros nombres, señores. Odio y rencor todo lo olvido. Idos; os perdono. Esta lección me cumple dar al mundo.

LOS CONJURADOS *(cayendo de rodillas).*—¡Gloria al emperador!

DON RUY *(a don Carlos).*—Yo solo quedo condenado.

DON CARLOS.—Y yo.

HERNANI.—Yo no odio ya. ¿A quién se debe esta mudanza?

TODOS.—¡Honor a Carlos V!

DON CARLOS *(volviéndose hacia el sepulcro)*.—¡Honor a Carlomagno!... Dejadnos solos a los dos. *(Salen todos.)*

## ESCENA V

DON CARLOS, solo

*(Inclinándose ante el sepulcro)*.—¿Estás contento de mí? ¿Supe despojarme de las miserias del rey? ¿Soy ya otro hombre? ¿Puedo ceñir mi yelmo de batalla con la tiara papal? ¿Tengo derecho a gobernar el mundo? ¿Mi pie es ya bastante firme y seguro para andar por ese camino sembrado de vandálicas ruinas que tú hollaste con tus anchas sandalias? ¿Encendí mi antorcha en tu llama inextinguible? ¿Comprendí la voz que habla en tu sepulcro? ¡Ah! Estaba solo, perdido, ante un imperio. Todo un mundo que aulla, y amenaza y conspira; el danés a quien tener a raya, el Padre Santo a quien pagar; Venecia, Solimán, Lutero, Francisco I; mil puñales conjurados centelleando en las sombras; asechanzas, escollos, enemigos por doquiera; veinte pueblos que harían temblar a cien reyes; todo apremiante, urgente, pidiendo simultánea solución... Y te llamé, diciendo: «¡Carlomagno! ¿por dónde empezaré?» Y tú me respondiste: «¡Hijo! ¡por la clemencia!»

---

# ACTO V

## LAS BODAS

*Galería del palacio de Aragón. En el fondo una escalera que desciende hasta el jardín. A derecha e izquierda dos puertas. Dos arcadas moriscas sobrepuestas cierran el fondo, dejando ver por sus claros los jardines, con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes del palacio iluminado. Música lejana. Máscaras de dominó, aisladas o en grupos, pasean por el fondo. En el proscenio, un grupo de jóvenes, que, con los antifaces en la mano, hablan y ríen ruidosamente.*

## ESCENA I

DON SANCHO SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; DON MATIAS CENTURION, marqués de Almuñan; DON RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma; DON FRANCISCO DE SOTOMAYOR, conde de Bellalcázar; DON GARCI-SUAREZ DE CARVAJAL.

DON GARCIA.—¡Viva la novia y viva la alegría!

DON MATIAS.—Zaragoza se asoma esta noche a los balcones.

DON GARCIA.—Y hace bien, porque nunca se vió boda tan alegre, ni tan gallardos novios, ni noche tan serena.

DON MATIAS.—¡Buen emperador!

DON SANCHO.—Marqués, cierta noche en que íbamos los dos con él en busca de aventuras, ¿quién nos hubiera dicho que aquello había de acabar así?

DON RICARDO.—Yo era de la partida. *(A los otros.)* Escuchad la

historia. Tres galanes y un bandido, un duque y un rey ponen sitio a la vez al corazón de una mujer. Dado el asalto, y ¿quién la gana? El bandido.

DON FRANCISCO.—Nada más natural; el amor y la fortuna, lo mismo aquí que en Francia, son dados falsos: el fullero es el que gana.

DON RICARDO.—Yo labré mi fortuna viendo cortejos: primero conde, luego grande, después alcalde de corte. Indudablemente he empleado bien el tiempo.

DON SANCHO.—El secreto de este alcalde consiste en hallarse siempre en el camino del rey.

DON RICARDO.—Haciendo valer mis derechos y mis servicios.

DON GARCIA.—Y hasta sus distracciones.

DON MATIAS.—¿Qué ha sido del viejo duque? ¿Está preparando el ataúd?

DON SANCHO.—Dejémonos de bromas, marqués; el viejo es hombre de temple y amaba a doña Sol. Sesenta años tardó en encanecer; un día ha bastado para que encaneciera del todo.

DON GARCIA.—Dícese que se ha ido a Zaragoza.

DON SANCHO.—¿Querías que trajera a la boda su despecho?

DON FRANCISCO.—¿Y qué hace el emperador?

DON SANCHO.—El emperador está hoy triste. Lutero le da en qué pensar.

DON RICARDO.—¡Lutero! Un asunto de cuidados y penas, que yo acabaría muy pronto con cuatro soldados!

DON MATIAS.—Solimán también le hace sombra.

DON GARCIA.—¡Lutero, Solimán, Neptuno, el diablo y Júpiter! ¿Qué nos importa eso? Las mujeres, las máscaras, la bronia...

DON SANCHO.—Esto es lo esencial.

DON RICARDO.—Tiene razón Garci-Suárez. Yo no soy el mismo en día de fiesta... En poniéndome una máscara, paréceme que me pongo otra cabeza.

DON SANCHO *(bajo a don Matías)*.—¿Por qué no serán todos los días, días de fiesta?

DON FRANCISCO *(indicando la puerta de la derecha)*.—¿No es esa la habitación de los desposados?

DON GARCIA.—Sí. Y pronto los veremos llegar.

DON FRANCISCO.—¿Vendrán?

DON GARCIA.—Sin duda.

DON FRANCISCO.—Tanto mejor. La novia es bellísima.

DON RICARDO.—Y el emperador, muy bondadoso. ¡Perdonar a ese rebelde de Hernani, cargarle de títulos y unirle en matrimonio a doña Sol! ¡Pardiez! Si el emperador hubiera seguido mi consejo dábale a él un lecho de piedra y a ella un lecho de pluma.

DON SANCHO *(bajo a don Matías)*.—De buena gana le diera una estocada a este señor de oropel.

DON RICARDO.—¿Qué estáis diciendo ahí? *(Acercándoe.)*

DON MATIAS *(bajo a Sancho)*.—No arméis contienda ahora. *(A don Ricardo.)* Me recita unos versos del Petrarca a su amada.

DON GARCIA.—Señores, ¿habéis observado entre las flores, las mujeres y los trajes de colorines, un espectro, que de pie junto a una columna, manchaba la mascarada con su negro dominó?

DON RICARDO.—Sí, pardiez.

DON GARCIA.—¿Quién será?

DON RICARDO.—Su estatura, su porte... Sin duda don Pancracio, general de mar.

DON FRANCISCO.—No.
DON GARCIA.—No se ha quitado la máscara.
DON FRANCISCO.—Ni tenía guardia. Es el duque de Soma, que quiere que lo miren y nada más.
DON RICARDO.—Tampoco, porque el duque habló conmigo.
DON GARCIA.—Entonces, ¿quién diablos es? ¡Pardiez! Helo allí. *(Entra un enmascarado con dominó negro, y cruza lentamente el fondo. Todos se vuelven a mirarla y le siguen con la vista, sin que él haga caso.)*
DON SANCHO.—Si los muertos andan, así lo han de hacer.
DON GARCIA *(corriendo a él)*.—¡Máscara! *(El dominó negro se detiene. García retrocede.)* ¡Por vida mía! Señores, he visto fulgurar sus ojos.
DON SANCHO.—Si es el diablo, ha encontrado a quien hablar. *(Se le acerca.)* Mala sombra, ¿vienes del infierno?
EL MASCARA.—No vengo; voy... *(Sigue su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista con cierto espanto.)*
DON MATIAS.—Su voz es verdaderamente sepulcral.
DON GARCIA.—Sea; lo que da espanto en otra parte, hace reir en un baile.
DON SANCHO.—Algún chusco de mal género.
DON MATIAS.—Y si es Lucifer que viene a vernos bailar, mientras llega la hora del infierno, bailemos.
DON SANCHO.—Alguna bufonada, a buen seguro.
DON MATIAS.—Mañana lo sabremos.
DON SANCHO *(a don Matías)*.—Mirad adónde ha ido.
DON MATIAS *(mirando)*.—Ha bajado la escalera y... ¿Quién sabe?
DON SANCHO.—Es singular.
DON MATIAS.—¡Los novios! ¡Silencio! *(Entran Hernani y Sol, de la mano; ella en magnífico traje nupcial; él, de terciopelo negro y el Toisón al cuello. Detrás de ellos multitud de damas y caballeros de máscara, que les dan cortejo. Cuatro pajes les preceden y dos alabarderos les siguen.)*

## ESCENA II

Los mismos, HERNANI, DOÑA SOL, séquito

HERNANI *(saludando)*.—¡Amigos míos!
DON RICARDO *(lisonjeándole)*.—Tu dicha hace la nuestra, ilustre Aragón.
DON FRANCISCO.—¡Por Santiago Apóstol! ¡Es la propia Venus!
DON MATIAS.—¿Hay nada más feliz que un día de bodas?
DON FRANCISCO.—Sí... la noche.
DON SANCHO *(a don Matías)*.—Ya es tarde. ¿Nos retiramos? *(Todos van a saludar a los recién casados, y salen, unos por la puerta y otros por la escalera del fondo.)*
HERNANI *(despidiéndolos)*.—Dios os guarde.
DON SANCHO *(estrechándole la mano)*.—¡Sed felices! *(Quedan solos Hernani y Sol. Las luces se van apagando y muy pronto reina la obscuridad y el silencio.)*

HERNANI, DOÑA SOL

DOÑA SOL.—¡Por fin se van todos!

HERNANI *(atrayéndola a sí)*.—¡Amor mío!

DOÑA SOL *(Esquivándose, ruborizada)*.—Es que... ya es tarde.

HERNANI.—¡Angel mío! Siempre es tarde para estar a solas juntos.

DOÑA SOL.—Ya me fatigaba ese ruido. ¿No es verdad que toda esa alegría aturde y ahuyenta la felicidad?

HERNANI.—Dices bien. La felicidad, vida mía, es cosa grave; quiere corazones de bronce y lentamente se grave en ellos. El placer la espanta, echándole flores; su sonrisa dista menos del llanto que de la risa.

DOÑA SOL.—Es verdad. *(Resistiéndose a seguir a Hernani, que quiere llevársela hacia la puerta.)* Luego, luego.

HERNANI.—¡Oh! No soy más que tu esclavo. Bien; permanece aquí; haz lo que quieras...; yo no pido nada. Tú sabes lo que haces y para mí aciertas siempre. Reiré o cantaré, si quieres. El alma se me abrasa... ¡Oh! Dile al volcán que apague sus llamas, y el volcán cerrará su cráter y cubrirá su falda de flores y verde musgo. Porque el gigante está vencido, el Vesuvio es esclavo, y ¿qué te importa a ti su corazón candente? ¿Quieres flores? ¡Sea! Forzoso será que el volcán, ardiendo y todo, se engalane a tus ojos.

DOÑA SOL.—¡Cuán bondadoso eres con esta pobre mujer, Hernani de mi alma!

HERNANI.—¿Qué nombre has pronunciado? ¡Oh!, por favor, no me des ya ese nombre, pues me haces recordar que lo he olvidado todo! Sé que en otro tiempo existía como en sueños un Hernani, cuyos ojos fulguraban como un puñal; un hombre de las sombras y los montes; un proscripto que sólo respiraba odio y venganza; un infeliz que arrastraba por todas partes su anatema; pero yo no conozco a ese Hernani. Yo amo los prados, las flores, los bosques, el canto del ruiseñor; soy don Juan de Aragón, esposo de doña Sol. ¡Soy feliz!

DOÑA SOL.—Y yo, y yo. ¡Cuán dichosa soy!

HERNANI.—¿Qué importan los andrajos que dejé a la puerta? Vuelvo a mi luctuoso palacio y un ángel del Señor me esperaba en el umbral. Entro y pongo en pie sus derribadas columnas, veuelvo a encender el hogar, abro las ventanas, arraso la hierba del pavés del patio; ¡yo no soy ya más que alegría y amor! ¡Que me devuelvan mis torres y castillos, mi penacho, mi asiento en el consejo de Castilla; venga mi doña Sol, honesta y pura, déjennos solos, y demos por pasado lo demás! Nada he visto, nada he dicho, nada he hecho; vuelvo a empezar, lo borro todo, todo lo olvido. ¡Oh, prudencia, oh, locura, te tengo a ti, te amo, y eso basta a mi felicidad!

DAÑA SOL.—¡Qué bien sienta ese collar de oro sobre el terciopelo negro!

HERNANI.—Antes que a mí viste al rey con igual traje.

DOÑA SOL.—No lo he notado. ¿Ni qué me importa otro hombre? Además no es el terciopelo ni el raso... No, duque mío; es tu cuello el que sienta bien al collar de oro. *(Resintiéndose aún.)* Luego, luego... un instante no más. ¿No ves? Estoy alegre

y lloro. ¡Cuán feliz soy! Ven a ver tan hermosa noche. *(Van a la arcada.)* Sólo un instante, duque mío; el tiempo de respirar y ver solamente. Todo se ha extinguido; antorchas y música. Nada más que la noche y nosotros. ¡Felicidad perfecta! ¿No lo crees tú así? Mientras todo duerme, vela amorosamente sobre nosotros la naturaleza: la luna sola en el cielo reposa como nosotros y como nosotros respira el aire embalsamado de las flores. Mira; ni una luz, ni un rumor...; todo calla. Hace poco, mientras hablabas, el trémulo brillo de la luna y el timbre de tu voz, me llegaban juntos al corazón. Sentíame alegre y tranquila, amor mío, y hubiera querido expirar en aquel momento.

HERNANI.—¡Ah! ¿Quién no lo olvidaría todo al encanto de tu voz? Tu palabra es un canto angelical; como, a la luz crepuscular de una tarde de verano, ve deslizarse el viajero las márgenes floridas de un río, vaga mi pensamiento por tus melancolas.

DOÑA SOL.—Este silencio es algo lúgubre, y en extremo profundo este sosiego. Dime, amor mío, ¿no querrías ver en el fondo una estrella? ¿No quisieras que una voz de la noche, tierna y amorosa, se alzara de repente y cantara?

HERNANI.—¡Ah, caprichosa! Ahora mismo huías de la luz y de los cantos.

DOÑA SOL.—Del baile. Mas un pájaro que cantara en el campo, un ruiseñor perdido en las sombras, allá en una enramada, o alguna flauta a lo lejos... La música es dulce, desliza en el alma armonía y amor... despierta mil voces que resuenan en el alma. ¡Oh! ¡Sería delicioso! *(Oyese el son lejano de un cuerno.)*

HERNANI.—¡Ah!

DOÑA SOL.—¡Mi deseo fué oído!

HERNANI *(aparte, estremeciéndose)*.—¡Infortunada!

DOÑA SOL.—Un ángel me escuchó: sin duda tu ángel bueno.

HERNANI.—Sí, mi ángel bueno. *(Con amargura.)* *(Aparte.)* ¡Otra vez!...

DOÑA SOL.—Don Juan, he reconocido el son de esa bocina!

HERNANI.—¿Sí?

DOÑA SOL.—Esta serenata, la has dispuesto tú, ¿verdad?

HERNANI.—Tú lo has dicho.

DOÑA SOL.—¡Qué baile tan aburrido! ¡Oh! ¡Cuánto prefiero a él el toque de una bocina en el fondo de los bosques! ¡Y más siendo la tuya!... ¡Es como tu voz! *(Oyese otra vez el cuerno.)*

HERNANI *(aparte)*.—¡Ah! El tigre aulla y reclama su presa.

DOÑA SOL.—Don Juan, ese sonido llena de alegría el corazón.

HERNANI.—¡Llámame Hernani; llámame Hernani! Aun me persigue ese nombre fatal!

DOÑA SOL *(temblando)*.—¿Qué tienes?

HERNANI.—¡El viejo!

DOÑA SOL.—¡Dios mío! Me espanta tu mirada. ¿Qué tienes?

HERNANI.—El viejo, que se ríe en las tinieblas. ¿No lo ves?

DOÑA SOL.—¿Desvarías, bien mío? ¿Quién es ese viejo?

HERNANI.—¡El viejo!

DOÑA SOL.—Te ruego de rodillas que calmes tu inquietud. ¿Qué secreto es ese que te turba? ¿Qué tienes?

HERNANI.—¡Se lo juré!

DOÑA SOL.—¿Se lo juraste? *(Sigue todos sus movimientos con ansiedad. Hernani se pasa la mano por la frente.)*
HERNANI *(aparte)*.—¿Qué le iba a decir? *(Alto.)* ¿Yo? Nada. ¿De qué te hablaba?
DOÑA SOL.—Me has dicho...
HERNANI.—No, no...; estaba turbado... Me siento mal...; pero no te inquietes.
DOÑA SOL—¿Necesitas algo? ¿Qué te traigo? Ordéname. *(Vuelve a sonar el cuerno.)*
HERNANI *(aparte)*.—No desiste... ¡Mi juramento! *(Buscándose el puñal.)* Nada. ¡Ah!
DOÑA SOL.—¿Te sientes peor? ¿Qué tienes?
HERNANI.—Una... una herida antigua, que parecía cerrada y se renueva. *(Aparte.)* Alejémosla de aquí. *(Alto.)* Sol de mi vida, escucha. Aquella cajita, que en días menos felices llevaba yo conmigo...
DOÑA SOL.—Ya sé. ¿Qué quieres que haga?
HERNANI.—En ella encontrarás un pomo de elixir, que podrá poner término al mal que preveo. Ve y tráemela. *(Sale doña Sol por la puerta de la cámara nupcial.)*

## ESCENA IV

HERNANI, solo

¡He aquí terminada mi felicidad! ¡He aquí el dedo fatal brillando en la pared! ¡Oh! ¡Con qué crueldad se burla de mí el destino! *(Cae en profunda y tormentosa reflexión. Después se desvía bruscamente.)* ¡Y bien!... Pero todo calla... No veo venir a nadie... ¡Si me hubiera engañado!... *(El máscara del dominó negro aparece en el fondo. Hernani se detiene, petrificado de horror.)*

## ESCENA V

HERNANI, el MÁSCARA

EL MASCARA.—«Suceda lo que quiera, siempre que a bien lo tengáis, en cualquier lugar o a cualquiera hora, si creéis que es llegada la de mi muerte, no tenéis más que tocar el cuerno y yo mismo acudiré a entregarme a vos.» Este pacto tuvo a los muertos por testigos. Ahora bien. ¿Estás pronto?
HERNANI *(aparte)*.—¡Es él!
EL MASCARA.—Vengo a tu palacio a decirte que ha llegado la hora y veo que acudes tarde.
HERNI.—Bien. ¿Qué quieres? ¿Qué vas a hacer de mí? Habla.
EL MASCARA.—Puedes elegir entre el puñal y el veneno. Traigo lo necesario. Partiremos los dos.
HERNANI.—Enhorabuena.
EL MASCARA.—Oremos antes.
HERNANI.—¿Para qué?

EL MASCARA.—¿Qué eliges?
HERNANI.—El veneno.
EL MASCARA.—Bien. Dame la mano. *(Le presenta un pomo, que Hernani toma, temblando.)* Bebe y acabemos.
HERNANI *(Se lleva el pomo a los labios y luego lo aparta).*—¡Oh! ¡Por piedad, déjalo para mañana! ¡Oh! ¡si tienes corazón, o alma siquiera; si no eres un espectro escapado de las llamas, un réprobo, un fantasma o un demonio; si sabes lo que es la dicha suprema de amar, de tener veinte años y estar recién casado; si alguna vez ha palpitado en tus brazos una mujer amante y amada, espera, espera hasta mañana! Mañana puedes volver.
EL MASCARA.—¡Mañana! ¡Mañana! ¡Necio! ¿Y qué haría yo esta noche? Morirme. Y ¿quién vendrá mañana por ti? No, no; joven, es necesario despachar ahora.
HERNANI.—Pues bien, no. Sabré librarme de ti, demonio. No, no te obedezco.
EL MASCARA.—¡Ya me lo temía! Muy bien. ¿Por qué sagrado juramento te obligaste? ¡Ah! por nada... por la memoria de tu padre. Bien puedes olvidarlo; la juventud es ligera.
HERNANI.—¡Ah! ¡Padre, padre mío! Voy a perder el juicio.
EL MASCARA.—No; no es más que un perjurio, un sacrilegio.
HERNANI.—¡Señor duque!
EL MASCARA.—Puesto que los primogénitos de las familias castellanas toman a juego el juramento, y faltan a él tan livianamente, adiós. *(Da un paso para retirare.)*
HERNANI.—Espera; no te vayas tan pronto.
EL MASCARA.—Entonces...
HERNANI.—¡Viejo desalmado! *(Toma el pomo).* ¡Perseguirme así hasta las puertas del cielo!...*(Vuelve Sol sin ver al encubierto, de pie junto a la escalera del fondo.)*

## ESCENA VI

Los mismos, DOÑA SOL

DOÑA SOL.—No he podido encontrar la caja.
HERNANI.—¡Ella! ¡En qué instante!
DOÑA SOL.—¿Qué tiene? ¡Se espanta de mí y vacila a mi voz! ¿Qué tienes en la mano? ¡Horrible sospecha! ¿Qué tienes en la mano? ¡Responde! *(El encubierto se quita el antifaz. Sol reconoce a don Ruy Gómez y da un grito.).* ¡Veneno!
HERNANI.—¡Gran Dios!
DOÑA SOL.—¿Qué te hice yo? ¿Qué horrible misterio! ¡Me engañabas, don Juan!
HERNANI.—¡Ah! Debí ocultártelo. Había jurado morir al duque a quien debí mi salvación un día: Aragón debe pagar esta deuda a Silva.
DOÑA SOL.—Pero tú no te perteneces; tú eres mío. ¿Qué me importan a mí los demás juramentos? Duque, el amor me hace fuerte, y contra vos y contra el mundo entero sabré defenderlo.
DON RUY.—Defiéndelo, si te es posible, contra un sagrado juramento.
DOÑA SOL.—¿Cuál?

HERNANI.—¡Sí; juré!...

DOÑA SOL.—No; nada te obliga a morir. No, no puede ser. Es un crimen, un atentado, una locura.

DON RUY.—Vamos, don Juan de Aragón. *(Hernani va a obedecer. Sol se lo impide.)*

HERNANI.—Dejadme, doña Sol; es necesario. El duque tiene mi palabra y mi padre me mira desde el cielo.

DOÑA SOL *(a don Ruy)*.—Antes arrancaríais a una tigre sus cachorros que a mí el amante de mi alma. Todavía no sabéis bien lo que es esta mujer. Por mucho tiempo, compadecida de vuestros sesenta años y respetando vuestras canas, he sido sumisa, mansa y tímida; mas ahora... ahora, ved estos ojos encendidos y fulgurantes de rabia *(Sácase del seno un puñal)*, y ved este puñal. ¡Viejo insensato! Temed cuando los ojos amagan...... Soy de la familia, tío......; y así fuera hija vuestra, ¡ay de ti, si atentas contra mi esposo! *(Tira el puñal y cae de rodillas ante el duque.)* ¡Ah! Vedme de hinojos a vuestros pies, y tened piedad de nosotros. ¡Perdón, señor, perdón! Sólo soy una una débil mujer; mi fuerza aborta en mi alma y fácilmente flaqueo. ¡Ah! ¡de rodillas os lo ruego; tened piedad de nosotros!

DON RUY.—¡Doña Sol!

DOÑ ASOL.—¡Perdonad! El dolor me ha inducido a proferir duras palabras. Perdonad. Vos no sois malo, tío. Compadeceos de nosotros, porque al tocarle a él, me matáis a mí. ¡Le amo tanto!...

DON RUY.—Tanto le amáis, ¿eh?

HERNANI.—¡Lloras!

DOÑA SOL.—No quiero que mueras, amor mío; ¡no, no lo quiero! *(A don Ruy.)* Perdonadle, señor, y os amaré a vos también.

DON RUY.—¡En segundo lugar! Con esos restos de amor... de amistad... menos aún, ¿crees apagar la sed que me devora? *(Indicando a Hernani.)* El lo es todo; pero yo...¡brava compasión! ¿Qué he de hacer yo de tu amistad? ¡Oh! ¡el poseería el alma, el amor. el trono, y sólo tendría yo la limosna de una mirada! ¡Vergüenza e irrisión! No; Hay que acabar. Bebe.

HERNANI.—Tiene mi palabra y debo cumplirla.

DON RUY.—¡Vamos! *(Hernani se lleva el pomo a los labios. Sol le detiene el brazo.)*

DOÑA SOL.—¡Aun no!... ¡aún no! Dignaos oirme los dos.

DON RUY.—El sepulcro está abierto y no puedo esperar.

DOÑA SOL.—¡Un momento, señor; un momento, don Juan! ¡Ah! ¡Cuán crueles sois los dos! ¿Qué es lo que os pido? Un instante no más...; es todo cuanto deseo. Permitidme que diga esta pobre mujer lo que tiene en el corazón; permitídmelo, por piedad.

DON RUY *(a Hernani)*.—Tengo prisa.

DOÑA SOL.—Pero, me hacéis temblar. ¿Qué os he hecho yo?

HERNANI.—¡Ah! Su voz me desgarra el corazón.

DOÑA SOL *(deteniéndole aun el brazo)*.—Comprended que tengo mil cosas que decir.

DON RUY.—¡Acabemos!

DOÑA SOL.—Don Juan, en cuanto haya hablado, puedes hacer lo que tengas a bien. *(Le arrebata el pomo.)* ¡Mío, mío es ya! *(Lo presenta a vista de los dos, sorprendidos.)*

DON RUY.—Puesto que he de habérmelas aquí con dos mujeres, don Juan, menester es que vaya a otra parte a buscar almas. Tú te

atreves a jurar por la memoria de tu padre y no cumples; yo voy a hablar de ello a tu padre entre los muertos. Adiós. *(Da algunos pasos y Hernani le detiene.)*

HERNANI.—Deteneos, duque, deteneos. *(A Sol.)* ¡Ah! ¿Quieres que sea pérfido, perjuro, sacrílego? ¿Quieres que lleve por el mundo escrito el crimen en mi frente? ¡Ah! ¡Por piedad, devuélveme ese pomo! ¡Por nuestro amor, por nuestra alma inmortal!

DOÑA SOL.—¡Insistís!

HERNANI.—Sí.

DOÑA SOL.—Bien. *(Bebe.)* Tómalo.

DON RUY.—¡Ah! ¡Era para ella!

DOÑA SOL *(ofreciendo el pomo a Hernani)*.—Tómalo ahora, te digo.

HERNANI.—¿Ves, viejo miserable?

DOÑA SOL.—No te quejes de mí; te guardo tu parte.

HERNANI *(tomando el pomo)*.—¡Oh, Dios!

DOÑA SOL.—Tú no me hubieras guardado la mía. ¡Oh! no tienes tú el corazón de una esposa cristiana, ni sabes amar como ama una Silva. Pero he bebido primero y estoy tranquila. Ahora tú, si quieres.

HERNANI.—¿Qué has hecho, desdichada?

DOÑA SOL.—Tú lo quisiste.

HERNANI.—¡Muerte espantosa!

DOÑA SOL.—No. ¿Por qué?

HERNANI.—Ese licor lleva al sepulcro.

DOÑA SOL.—¿No debíamos dormir juntos esta noche? ¿Qué importa en qué lecho?

HERNANI.—¡Padre mío! Te vengas en mí, que te olvidaba. *(Se lleva el pomo a la boca. Sol lo detiene otra vez.)*

DOÑA SOL.—¡Cielos! ¡Qué dolores tan extraños! ¡Ah! Tira lejos de ti ese licor funesto... ¡Se extravía mi razón! Detente, ¡ay! detente, don Juan mío; ese veneno es vivísimo y engendra en el corazón una hidra de mil dientes, que lo roen y devoran. ¡Oh! yo no sabía que se padeciera tanto. ¿Qué es? ¡Ah! ¡fuego! ¡No bebas! ¡Oh! no; padecerías mucho.

HERNANI *(a don Ruy)*.—¡Ah! ¡Qué cruel eres! ¿No podías haber elegido otro veneno para ella? *(Bebe y tira el pomo.)*

DOÑA SOL.—¿Qué has hecho?

HERNANI.—¿Qué has hecho tú?

DOÑA SOL.—Ven, ven, amor mío; a mis brazos. *(Siéntanse juntos.)* ¿No es verdad que se padece horriblemente?

HERNANI.—No.

DOÑA SOL.—He aquí nuestra noche de bodas. Debo estar muy pálida para novia.

HERNANI.—¡Ah!

DON RUY.—La fatalidad se cumple.

HERNANI.—¡Qué desesperación! ¡Verla morir en este tormento!

DOÑA SOL.—Cálmate; me siento mejor. Ahora mismo vamos a abrir nuestras alas hacia nuevos iluminados espacios. Partamos con vuelo igual a un mundo mejor. ¡Un beso! ¡Sólo uno!

DON RUY.—¡Oh dolor!

HERNANI *(con voz débil)*.—¡Bendito sea el cielo, que me dió una vida rodeada de abismos, y seguida de espectros; pero que me permitió dormirme, cansado de tan rudo camino, besando tu mano!

DON RUY.—¡Qué felices son!

HERNANI *(desfalleciendo)*.—Ven... ven... Sol de mi alma. ¡Qué obscuro está todo!... ¿Padeces mucho?

DOÑA SOL *(con voz igualmente desfallecida)*.—Nada... nada ya.

HERNANI.—¿Ves dos luces en las sombras?

DOÑA SOL.—Todavía no.

HERNANI.—Yo sí...

DON RUY *(levantándole la cabeza, que vuelve a caer)*.—¡Muerto!

DOÑA SOL *(desgreñada e incorporándose un poco)*.—¡Muerto! No... dormimos... Duerme...; es mi esposo. ¿Ves? Nos amamos y... dormimos aquí... Esta es nuestra noche de bodas. No le despertéis, señor duque de Mendoza... está cansado... *(Vuelve la cara a Hernani.)* Amor mío, vuelve a mí tus ojos... Más cerca... más aún... *(Cae.)*

DON RUY.—¡Muerta! ¡Oh! ¡estoy condenado! *(Se mata.)*

*(Telón)*

